

ESTUDIOS HISTORICOS.



Muerte de don Alfonso de Córdoba y doña Catalina de Sandoval.

DON ALFONSO DE CORDOVA Y DOÑA CATALINA DE SANDOVAL.

(Conclusion.)

IV.

Don Alfonso ignoraba absolutamente los oficios que en su obsequio practicaba doña Catalina, así como ignoraba que era el único objeto de los pensamientos y cuidados de la de San Esteban. Conviene decir esto para no rebajar el mérito de aquel, ni la nobleza de sus sentimientos. Don Juan se le acercó un día, y le rogó que pasase á su casa, ó le diese hora en la suya, pues deseaba hablarle de un asunto importante y reservado. Don Alfonso le ofreció cortesmente, que aquella misma noche iría á recibir sus órdenes. Fué puntual á la cita; y apenas habian tomado asiento, despues de los cumplidos ordinarios, le dice don Juan:

—Ya conocéis á mi sobrina la condesa de San Esteban. Como tío y como tutor he debido pensar en enlazarla con un jóven que merezca su amor, y que le iguale en lo noble é ilustre de su linage; de esta manera evitaria quizá en su inespriencia una eleccion desacerta-

da, que no correspondiese á su alta categoria, ó que no fuese capaz de asegurar su dicha. He pensado desde luego en vos como la persona mas á proposito para llenar mis ideas y las de mi sobrina....

—Me confundis, señor don Juan, con vuestras atenciones, que tanto mas me obligan, cuanto las considero superiores á mis merecimientos. Vuestra sobrina por su mérito personal y por su opulenta fortuna, es digna de una persona que sea capaz de igualarla....

—No necesitaba de oiros para conocer vuestra delicada modestia. Mi sobrina posee rentas sobradas, para no buscar en quien haya de ser su esposo, sino las prendas personales, que tanto os distinguen, y un origen esclarecido, como el que os realza.

—Señor don Juan, ni por una gratitud mal entendida al honor que me haceis, ni por ambicion, puedo dejar de deciros con la franqueza y lisura de un caballero, que vuestra sobrina merece algo mas de lo que habeis indicado. Seria un mal caballero el que ofreciese á una dama, y tan ilustre como vuestra sobrina, su nombre y su mano, sin ofrecerle al mismo tiempo su corazon. El mio hace tiempo que adora como dueño á una dama de la corte; y si fuese tan villano que lo enagenase á otra nuevamente, no seria digno de alzar los ojos para mirar á tan noble señora como la condesa de San Esteban.

Tomo II. 25 de Noviembre de 1844.

Don Alfonso se retiró con muestras de reconocimiento y de cortesía; y don Juan, sin hallar ninguna razón que oponerle, lo despidió con singulares respetos y atenciones. La respuesta de don Alfonso la extrañaba tanto mas cuanto que no la esperaba. Era el primer obstáculo que encontraba al realizar su proyecto: por mas de un motivo, y sobre todo por uno bien personal, la respuesta de don Alfonso debía sorprenderle y confundirle. Despues de haber pensado mas de una hora el partido que debía tomar para superar aquel contratiempo, pasó á la habitación de su sobrina, en la que halló á doña Catalina. Como la concurrencia era numerosa tuvo ocasion cómoda y natural para hablar á aquella, y referirle fielmente las palabras de don Alfonso.

No le fueron estas lisonjeras, por que desmentian las esperanzas que le habian hecho concebir doña Catalina, su tío, y su amor propio. Desde luego recayó todo su enojo sobre la primera; y en vez de resentirse y ofenderse de lo que cualquiera otra miraria como un desaire de don Alfonso, concibió la idea de que las solicitudes de doña Catalina eran un ardid de que se valia para poner á prueba la firmeza de su amante. Su orgullo no quedó ofendido de don Alfonso, pues antes bien su misma constancia le hizo aparecer mas amable á los ojos de la de San Esteban. Pero mientras mas reflexionaba acerca de la conducta de su amiga, que juzgaba artificiosa y doble, mas la enojaba que se hubiese propuesto obtener un triunfo, hiriendo cruelmente su amor propio. Estas ideas encendian todas las pasiones de una mujer celosa, en particular su vanidad. Todas las obligaciones que la ligaban con doña Catalina, todas las razones de delicadeza que alguna vez se le ocurrían, quedaron en un momento desvanecidas: por lo mismo que juzgó á don Alfonso como un amante tan fino, deseó arrebatárselo á doña Catalina: por lo mismo que creia mas difícil esta conquista, la tuvo por mas gloriosa, y la emprendió con mayor empeño. Ya no quiso la mediacion de aquella, ni los medios que pudiera emplear su tío. Todo queria debérselo á sí misma, para que fuese mayor la satisfaccion de su orgullo. Y disimulando sus designios, para mejor asegurar su éxito, y disimulando mas todavia el enojo que le inspiraba la conducta, que reputaba desleal, de su amiga, significó á esta y á su tío, con serenidad, y afectando desprecio de don Alfonso, que en adelante no daria oído á ninguna plática, que le dirigiesen sobre un asunto que en estremo la fastidiaba. En esta nueva conducta que adoptó la de San Esteban tuvieron igual parte el amor, la vanidad y los celos.

Cuando don Juan acabó de hablar á su sobrina, se separó de ella para acercarse á doña Catalina, esperando lograr ocasion de sentarse á su lado. No dejó de llamar su atencion la indiferencia estudiada de su sobrina, cuando habia hablado de don Alfonso. Esta indiferencia, una serenidad aparente, y algunas palabras de desprecio hacia aquel, que eran conocidamente afectadas, habian acabado de persuadir á su tío, galan veterano, que la condesa amaba perdidamente á don Alfonso. Esto le determinó á emplear cuantos medios le sugiriese su ingenio en este negocio; pues ademas de la inclinacion y del interés que le inspiraba doña Catalina, á quien pretendia dejar libre de todo compromiso, le apremiaba mucho el deseo de frustrar las pretensiones del primogénito de Villena, que empezaba á mostrarse cada dia mas rendido con su sobrina. Creyendo que no habria obstáculo que no allanase, contando con la cooperacion de doña Catalina, como esperaba confiadamente en vista del interés que en este negocio habia manifestado, se determinó á obrar de acuerdo con ella, probando el medio de interesarla mas vivamente, aunque con peligro de aventurar demasiado.

Cuando pudo hablar á la de Sandoval, le refirió la respuesta que don Alfonso habia dado á su proposicion.

Al repetir don Juan las propias palabras de aquel, la alteracion de doña Catalina fué visible, y no bastó á disimularla el pañuelo que se pasó por el rostro: apenas pudo conservar el dominio que tenia sobre todas sus facultades un alma vigorosa y enérgica: apenas pudieron resistir sus fuerzas tan extraordinaria conmocion, ni soportar su corazon una lucha tan cruel de encontrados afectos. Don Juan no pudo extrañar la impresion que causó á doña Catalina la fineza de don Alfonso, por que conocia su pasion; pero creia triunfar por su perseverancia, persuadido de que el amor de doña Catalina, aunque vehementemente, lo repugnaba la razon de aquella como indiscreto, pues se oponia á su bienestar y á su conveniencia. Asi comprendia el estado de doña Catalina; y á esta pugna interior atribuia los tormentos que la afligian: solo veia de una parte, una debilidad que tenia gran imperio sobre su corazon, y de la otra, un esfuerzo superior de razon que la dominaba y subyugaba. Si lo primero algun tanto lastimaba su orgullo, lo segundo le daba en su concepto merecida satisfaccion. Apesar de todo, vista la situacion en que se encontraba doña Catalina, don Juan no habria aventurado ninguna espresion inoportuna, que comprometiese el éxito de sus pretensiones, pero aquella le hizo variar de propósito; por que en breve se mostró tranquila, y discurria con don Juan acerca del medio de vencer la repugnancia de don Alfonso, y de aplacar el enojo de la condesa. Como mostraba el mismo empeño que siempre en llevar á cabo el propósito que ella la primera habia formado, y que con tanto anhelo promovia, juzgó don Juan que la ocasion no podia presentarse mas propicia para probar fortuna. Por eso viendo que ni doña Catalina, ni él escogitaban ningun medio ingenioso, reservado, eficaz, de conseguir el objeto que se proponian, despues de un momento de natural suspension, dice don Juan:

—Desengañaos, señora, no debemos esperar que vuestro rendido amante (perdonad lo que esta verdad tenga de atrevimiento) se case con mi sobrina, mientras que os ame, y no pierda toda esperanza de ser vuestro: esto está en vuestra mano, pues no creo que deje de amaros mientras no os vea en poder de otro. Si es verdad, como acabais de decirme, y yo creo, que pensais seriamente en hacerle casar con la condesa, debeis hacer que os olvide. ¿Cómo quereis que se case, si no destruis otras esperanzas? ¿Cómo quereis que busque otro dueño, si no rompeis los vínculos que lo ligan á vos? ¿No tendrá razon la condesa para manifestarse enojada de vos, juzgando que habeis querido valeros de ella, abusando de una fina amistad, para probar la fidelidad y constancia de vuestro amante? Si vuestro proyecto es sincero; si nada envuelve, como debemos creer de vos, que no sea noble, no debiais negaros al único medio, en mi concepto, de realizarlo; á casaros.

Doña Catalina se rió profundamente, como quien oye una cosa que no esperaba, que la cree extraordinaria y singular, que repugna á las ideas y proyectos que ocupan su cabeza: se rió, como se rie quien oye un delirio, ó un pensamiento que está en contradiccion manifesta con sus propósitos y resoluciones. La risa acabó de restablecer la serenidad en el corazon de doña Catalina, y le restituyó su natural jovialidad.

—Donoso arbitrio, le dice, habeis buscado! ¿Para eso habeis fatigado vuestra cabeza? creo, don Juan, que si en eso consistiese únicamente el casamiento de vuestra sobrina y mi amiga, se quedaria, con mucho disgusto mio, para vestir imágenes.

—Por qué, señora? ¿Podreis decirme la causa?

—¿Creéis que una mujer pobre como yo puede encontrar esposo que la iguale en la nobleza de su clase?

—Con facilidad, señora, puedo satisfacer á vuestro reparo: teneis en el momento quien se llamará feliz, si

le admitis por esposo, que os iguala en linage, y que tiene sobradas rentas para que hagais en la corte el papel correspondiente á vuestra casa y á la suya. Ese soy yo!...

Despues de algunos momentos de silencio, y aprovechando la suspension que causó á doña Catalina una proposicion que no esperaba, aunque hubiese conocido en don Juan una particular inclinacion, añadió:

—Y lo que mas os debe mover para tomar este partido, es la seguridad de que al concluirse nuestra boda, vereis concluida la de don Alfonso con mi sobrina.

Doña Catalina reflexionó prontamente, que á una amante, que por un sentimiento de generosidad renunciaba á la persona amada, no podia exigirle que llegase hasta el estremo de entregarse á un hombre, por quien no siente ninguna inclinacion. Sin embargo, dominando todos sus afectos, contestó reconocida á don Juan, con aquellas espresiones que hacen dulces las negativas y templan los rigores; que sin otorgar, animan y consuelan; que no ahogan toda esperanza; y que revestidas del alhago que les presta una delicada y noble coqueteria, tienen el privilegio de entretener dulcemente y de dilatar una contestacion terminante y definitiva.

V.

Despues del coloquio de don Juan, tanto con doña Catalina, como con su sobrina, fácil es presumir que una y otra desplegarían para conseguir un mismo objeto los recursos mas ingeniosos, de que solo es capaz el instinto de una muger. La primera empleó la mas hábil persuasion, presentando su amor sin esperanza, y sin poder hacer mas que la desgracia de ambos: ya se alejaba de su amante y evitaba las ocasiones de encontrarle; ya con un raro talento convertia la vehemencia y la ternura de amante en la solicitud é interés de amiga. Todo esto solo servia para que el amor de don Alfonso fuese cada vez mas fino, y para que hasta por vanidad, pretendiese igualar á su amada en la generosidad de sentimiento. Todos los recursos de que se valia doña Catalina, solo servian para que su amante se mostrase mas apasionado, y producian un efecto contrario. Cuando le exortaba á que abrazase la ocasion singular y preciosa que la fortuna le ofrecia para ser uno de los mas poderosos de Castilla, despreciaba una opulencia, que humillaba su orgullo, por que con ella se queria dominar la noble altivez de su carácter, y sus afectos generosos. Se quejaba de su carácter; la acusaba de tibieza y desvio, por que fácilmente se resolvía á abandonarle para siempre, y á verle al lado de otro dueño. De modo que lo mismo que hacia doña Catalina por un exceso de amor, por un exceso de generosidad, por un heroismo casi imposible de igualar, aparecia á los ojos de su amante como un medio ingenioso de alejarlo de sí, de romper un amor que ya le cansaba, y de comprar su libertad con la fortuna de otra dama. Las atenciones y preferencias que le prodigaba la condesa, encontraban á don Alfonso, no solo tibio, sino con un agrado forzado y ceremonioso: á sus insinuaciones y á sus gracias oponia un corazon de mármol. Esta situacion era cansada y angustiosa para don Alfonso: le enojaba y aburría sobre manera, y solo los consuelos de la amistad y un esfuerzo de razon, le hacian soportar los tormentos que le devoraban. Evitaba cuidadosamente encontrar á la condesa y á don Juan.

Apesar de que las gestiones que practicaba doña Catalina eran en estremo sinceras, con todo no podia desagradarla allá en el fondo de su corazon, ni dejar de verle lisonjera la constante repugnancia que oponia don Al-

fonso á su enlace con la de San Esteban. Es preciso confesar que los oficios de doña Catalina, solo por proceder de ella, irritaban mas la pasion de su amante, y hacian mas honda y mas incurable su herida: era lo mismo que querer apagar un gran incendio con materias inflamables. El amor de estos dos amantes, tan finos como desgraciados, llegaba al mayor estremo: la adversidad les daba nuevo estímulo; las contrariedades daban un nuevo pábulo á su llama: la nobleza de los afectos y la generosidad los exaltaban reciprocamente.

Aunque don Alfonso evitaba la vista y la conversacion de la condesa, asi como huia cuanto le era posible de las concurrencias públicas, no pudo dejar de acompañar á la corte á un paseo. La hermosa y discreta condesa se le acercó con agasajo, y como quien introduce una conversacion indiferente, le dice:

—¿Sabeis en que estado se halla el asunto que el rey tiene pendiente en la corte de Roma sobre la nulidad de su matrimonio?

—Creo, señora, que el santo Padre no negará nada á un monarca tan poderoso, y tan religioso como el rey de Castilla.

—Es preciso (dijo la condesa bajando algun tanto la voz), que el rey sea muy inconstante para separarse de una persona á quien acaba de recibir por esposa, que es tan hermosa, y de quien no ha podido recibir ningun motivo de disgusto.

—Esa es una inconstancia que se le debe perdonar: la inconstancia no se halla donde hay amor, pues si este hubiera, aquella faltaría; y donde no hay amor, nada se debe llamar inconstancia.

—No soy enteramente de vuestro parecer; y yo perdonaria mas fácilmente á don Alfonso de Córdoba la inconstancia que le hiciese olvidar á doña Catalina de Sandoval, que no al rey la que le obliga á separarse de la reina.

A estas últimas palabras mudó de color don Alfonso, aunque procuró disimular la impresion que le habian causado, mostrando haberlas recibido como un donaire, y alzando la voz para mudar de conversacion y hacerla general entre varias otras personas que no estaban lejos. Poco despues se separó de allí, sin despedirse de la condesa.

VI.

Queriendo el rey destruir los rumores injuriosos á su persona que circulaban por la corte, se entretenia en galanteos. Como doña Catalina era una de las damas á quien habia mostrado siempre una particular inclinacion, tuvo un dia el capricho de principiar á visitarla, como objeto de su amor ó de su politica. ¿Qué hará doña Catalina con este nuevo galán? se negó respetuosamente á admitir sus regalos; pero al fin tuvo que ceder á la voluntad del severo monarca. ¿se negará tambien á recibir las visitas del rey? Este fué su primer impulso; pero como todos sus pensamientos estaban subordinados al amor de don Alfonso, y á la felicidad de este; como ya casi tenia perdidas las esperanzas de que admitiese la mano de la condesa, aprovechó la ocasion que se le presentaba de asegurar la fortuna de su amante con la gracia del rey, que se le brindaba. ¿Le costará esto el sacrificio de su decoro, y de la distinguida reputacion que gozaba en la corte? Baste decir sobre esto, que aunque el rey, como caballero y galán, era incapaz de seducir á ninguna dama, por su desagradable fisonomia, por su traje desaliñado y sucio, y por su carácter desapacible y uraño, todavia doña Catalina, para imponer silencio á la maledicencia, y dar á su amante mayores prendas de su lealtad, se impuso la obligacion de no recibir nunca al

;

rey, si no en presencia de personas caracterizadas: ni una sola vez faltó á este precepto de su misma delicadeza. Con todo, como en breve se hicieran públicos en la corte el favor y la privanza de doña Catalina, á quien suponian dueña de la voluntad del monarca, apenas llegaron estos rumores á noticia de don Alfonso, encendieron en su corazon la llama infernal de los celos. El silencio y la reserva de doña Catalina aumentaban su despecho, y le daban nuevo motivo para acusarla. Corrió á verla, agitado y demudado; y apenas en algunas frases desordenadas dió á entender á doña Catalina el motivo de su enojo, pocas palabras de esta, que tenia tal ascendiente sobre su corazon, y de cuya virtud y decoro tenia tan elevada idea, bastaron para restituírle la calma y la serenidad.

No tardó doña Catalina en aprovechar la ocasion que se le presentó para utilizar en beneficio de su amante el favor que se le atribuía. La alta dignidad de gran maestro de la órden de Santiago acababa de vacar. Doña Catalina se la pidió al rey para don Alfonso; pero la obtuvo don Beltran de la Cueva, que gozaba de todo el favor de la reina. Doña Catalina insinuó al rey algunas quejas; y por la contestacion del desabrido monarca pudo inferir que don Alfonso no merecia la gracia de S. M. y que el monarca estaba celoso por el interés que en favor de aquel mostraba doña Catalina. Esta pidió aquella gracia al rey contra la voluntad de don Alfonso, y contra la promesa que le habia hecho. Don Alfonso deseaba obtener aquella dignidad; pero no queria deberla al favor, ni su delicadeza le permitia recibirla por la privanza de doña Catalina. Tal era la altivez y el honor de este caballero.

La infortunada doña Catalina sufría, además de las angustias que oprimian su corazon, el tormento de sufrir todos los dias dos ó tres horas la visita del rey, sufriendo al mismo tiempo la inquietud y enojo de don Alfonso, que aunque nunca dudase del decoro y lealtad de su amada, como caballero, y como hombre de pensamientos delicados y activos, le resentia vivamente que ningun otro, aunque fuese el mismo rey, importunase con sus visitas á su dama, y pretendiese de esta atenciones y preferencias que á él solo le correspondian, y que á nadie en el mundo cedia.

Don Juan de Luna, que abrigaba en su corazon alguna esperanza, convirtiendo en su provecho expresiones corteses de doña Catalina, era el único que ayudaba á esta en sus proyectos, y no por el interés que en ello le iba. Este asunto iba cada vez en peor estado, cuando un incidente vino á acabar de echarlo á perder. Entró don Juan muy apurado un dia en casa de doña Catalina, y le anunció el conflicto en que se hallaba: el hijo del marqués de Villena le acababa de pedir por esposa á la condesa; y con pretexto de explorar la voluntad de esta, habia dilatado darle por algunos dias una contestacion terminante, por que se temia en caso de negar su consentimiento, que le hiciese dárle una insinuacion de S. M. con quien emplearía el padre del pretendiente el favor y la privanza de que gozaba. Desde que doña Catalina oyó esto, se propuso lo que habia de hacer, y que no comunicó á don Juan, aunque le indicó que discurriría el medio de entorpecer la pretension del de Villena. Cabalmente á los pocos momentos de despedirse don Juan, ya Enrique ocupaba un asiento en la sala de doña Catalina. La conversacion principió por generalidades; y en esta se veía con lo lánguida lo ceremoniosa; pero la astuta dama, que como criada en palacio sabia leer en el corazon de lo que trataba, acechaba la ocasion de que natural y lentamente rodase para llegar al punto que le interesaba tocar. Cuando se llegó á hablar de este proyectado consorcio, se manifestó doña Catalina muy interesada por el rey y por el esplendor de su corona; y añade un manuseri-

to de aquel tiempo, que en esta ocasion apuró doña Catalina todos los primores del arte de persuadir.

—V. M. señor, dijo, no dejará de conocer que la casa del marqués de Villena es demasidamente poderosa en Castilla y fuera de ella, para que acrecentadas y aun dobladas sus rentas por medio del casamiento de la condesa de San Esteban con el primogénito de aquella casa, y lo que es consiguiente, aumentado de tal manera su poder, no deba inspirar justos recelos y fundadas desconfianzas. No hablo del actual marqués de Villena, ni de su excelente hijo, porque sé que de su lealtad nada tiene que temer la corona, ni la tranquilidad de los pueblos; ¿pero podrá nadie asegurar que sea incapaz de abusar de su poder alguno de sus descendientes, seducido por su mismo poder, embriagado por su opulencia, y cegado por su orgullo? Los males deben prevenirse para impedir con oportunidad que se realicen. Ah señor! V. M. sabe muy bien, mejor que yo, las desgracias que acompañan al demasiado poder de los vasallos, y las inquietudes que los de esta clase dan á los monarcas que los ponen en aquel estado. El corazon del hombre no se harta jamás; en sus pasiones es insaciable. Si hoy son grandes su poder y sus riquezas, mañana desea acrecentar uno y otras, y para conseguirlo llega á desconocer la justicia y las mas sagradas obligaciones. A tal punto ha llegado el orgullo y la hinchazon en algunos, que no les permitian consentir ni igual, ni superior. V. M. sabe muy bien lo que nos enseña la rebelion de los ángeles, que osaron rebelarse contra el trono del Eterno, y no podrá olvidar el triste fin de don Alvaro de Luna en el reinado de vuestro augusto padre, en quien la justicia hizo callar la voz....

Mas hubiera dicho esta muger, que tenia verdaderamente lábia cortesana, si no la hubiese interrumpido el rey ya intimamente persuadido por las razones de doña Catalina, cuyas palabras habian sido con tanto tino dirigidas á su ánimo, que no habian podido menos de hacer en él el efecto que aquella se proponia: «No, no, le dijo, no consentiré semejante casamiento.» Pronunció estas palabras con resolucion, y despues de ellas guardó un profundo silencio. A pocos instantes se retiró, despidiéndole doña Catalina con aquel agrado, que nunca llegaba á disimular la natural repugnancia que inspiraba un semblante tan desapacible.

Aun no se habia disipado en el ánimo del rey la profunda impresion que le habia hecho el razonamiento de doña Catalina, sobre cuyo asunto habia cavilado alguna cosa, cuando al dia siguiente se le presentaron por la mañana el arzobispo de Toledo y el marqués de Villena, y le rogaron que se dignase aprobar la union del hijo primogénito de este último con la condesa de San Esteban. Sin dejarles apenas acabar de hablar, les dijo el rey con una dignidad que nunca habia mostrado, y con mas severidad, que la que le era ordinaria: «El que quiera mantenerse en mi gracia, que no ose hablarme otra vez de semejante matrimonio; pues tengo resuelto absolutamente que no se haga, como perjudicial á mi real servicio: la condesa casará á mi gusto, ó morirá en el claustro.» Al acabar de hablar, y con señales de enojo, les volvió la espalda, dejándolos sorprendidos y temerosos.

Como doña Catalina supo inmediatamente este acontecimiento, la primera vez que estuvo el rey á visitarla, le celebró mucho su firmeza, ponderándole los elogios que en la corte habia merecido. Queriendo el rey manifestar euan lisongeras le eran las expresiones de aquella dama, le dijo:—La tuve, por que fué consejo vuestro, y en él no mediaba vuestro ahijado.—Ya que V. M. ha hablado de don Alfonso de Córdoba, por que sin semejante motivo se guardaria bien mi boca de pronunciar este nombre, me creo precisada á daros una satisfacion completa, que borre y destruya vuestro

concepto. Quien ama con el extremo, que suponeis amo yo á don Alfonso, es natural desee la elevacion, los honores y grandeza de la persona amada; pero jamás se habrá visto que procure con ansia y solicite con desvelo poner á su amante en brazos de otra; ¿os parece, señor, que puede ser posible en quien ama un proceder como este?

—No, no me parece que es posible, contestó el monarca como un hombre que no tiene ninguna razon que oponer, por que poco amor tendria á su amante la que como habeis dicho, lo cediese á otra.

—Pues cabalmente eso es lo que yo deseo hacer con don Alfonso; y si á vuestra real benignidad merezco algun favor, ninguno será para mi estimacion tan grande, como el que dispongais que don Alfonso se case: de lo cual me resultarán dos satisfacciones cumplidas; una, y es la superior, desvanecer el concepto que tenéis formado de que amo á don Alfonso; y otra, hacerle feliz, pues basta para ello que mi soberano creyese que yo le amaba. Ni para lo primero puedo daros mayor satisfaccion, ni para lo segundo mayor extremo de generosidad con don Alfonso.

Tanto la satisfaccion que doña Catalina acababa de darle, como el propósito de ella, llenaron al rey de una alegría indecible. Aborrecia en extremo á don Alfonso, de quien estaba celoso, y lo sufría únicamente por evitar escándalos y murmuraciones.

—Y con quien, contestó, os parece que podria casarse don Alfonso? que yo me encargaré de allanar cuantas dificultades se presenten.

—Señor, para don Alfonso no puede haber otro partido mas conveniente al servicio de V. M. que la condesa de San Esteban; porque siendo pobre la casa de aquel, la union de las dos, no puede dar celos á la corona. Ya sobre este punto os he explicado mi idea.

Satisfecho y lleno de júbilo el monarca, ofreció poner en ejecucion aquel pensamiento, y añadió: —Sin embargo de que la casa de don Alfonso excede en lustre á la de la condesa, para no dejar el reparo de que su casa es pobre, y se halla sin empleo en la mia, le tendrá antes de dar paso en este asunto, y entonces será obedecida sin réplica mi resolucion.

—Convendria, señor, que don Alfonso no entendiese que yo era quien habia solicitado y conseguido su dicha. Conozca que solo á su soberano debe estas honras para que le viva siempre reconocido y obligado, pero ignore el conducto por donde las obtiene, y aun así ni aun tendrá que darme gracias.

Doña Catalina preparaba de tal manera sus pretensiones, que todas eran lisonjeras al monarca, y aumentaban el favor de este, y la complacencia con que la miraba.

VII.

A los pocos dias hallándose una mañana todos los señores de la corte en la cámara del rey, se dirigió este con semblante afable á don Alfonso y le dice:

—Os tengo nombrado por mi embajador cerca del rey de Francia; pero antes de que paseis á aquella corte, quiero condecoraros con un título correspondiente al esplendor de vuestra casa, y casaros con quien á él corresponde: quiero ser padrino de vuestro matrimonio.

Don Alfonso, inclinándose respetuosamente, contestó á S. M. —Confundido, señor, por tamaños y tan inesperados favores, no acierto á explicaros mi agradecimiento profundo, sino protestando que no reconoceré nunca mas voluntad que la vuestra, y ofreciendoos verter toda mi sangre en vuestro servicio.

No se sabe que causó mas admiracion en los presentes; las palabras del monarca ó la afabilidad con que le habló á don Alfonso. Sin penetrar en el interior de

los pensamientos para explicar los encontrados afectos que á cada uno agitaban, puede decirse que en un momento varió para el favorecido don Alfonso la escena de la corte. Al atravesar, pensativo y confuso, las galerías de palacio, y al bajar la escalera, le rodeaban los bajos cortesanos, y le prodigaban atenciones y respetos, muestras de interés, recuerdos de antigua amistad, alagos y caricias tan despreciables como ellos mismos. Estas finas espresiones eran tan nuevas para el pobre caballero como la afabilidad del monarca.

La causa de este cambio de fortuna no podia ser otra que doña Catalina. En esto fundaba todos sus pensamientos don Alfonso, cuando se dirigia á su habitacion, para dar libre curso á cuantas ideas ocupaban su imaginacion. Sentado en un sillón, reclinado sobre una mesa con la frente apoyada en la mano, decia con acento que le salia del corazón: —No se me oculta que doña Catalina es la que hace estos milagros; pero si cree que yo soy capaz de casarme y dejarla, se engaña. Antes renunciaré cuantas honras me dispensa el rey, que separarme de su lado. —Para tranquilizar la confusion de ideas y de afectos que lo abrumaban, necesitaba hablar á doña Catalina. Pasó á su habitacion, y habiéndole manifestado lo ocurrido, le aseguró aquella que no habia tenido la menor parte, ni el menor influjo en las honras y favores que el rey le prodigaba. Aseguró esto doña Catalina con tal fuerza y energia y con tal persuasion, que al fin creyó don Alfonso que el rey por separarle de su lado le señalaba un honroso destierro. —«Yo sufriré, dice, este con gusto, porque al fin me queda la esperanza de unirme con vos: pero casarme con otra, renunciar para siempre á la que adoro, no lo consentiré nunca, aunque me cueste la vida.

La fuerza con que pronunció estas últimas palabras, y la idea que llegó á concebir doña Catalina, de que la fineza de su amante y su firme resolucion eran incontrastables, afectaron á aquella profundamente. Dominando todos los afectos, que en aquel momento la asaltaban, solo pudo decirle con bastante alteracion.

—Debeis estar sumamente agradecido al monarca, por que, aunque tarde, empieza á premiar los grandes servicios de vuestra casa, refundidos en vuestra persona. Si os sometéis á su voluntad, os adelantará con mayores premios; y ¿quién sabe, si dentro de poco os elevará al puesto de ministro y privado? Basta para esto que acerteis á ganar su voluntad; y esto lo considero fácil, atendiendo á vuestro desinterés, y elegante modo de espicaros.

Estas palabras de doña Catalina las oyó don Alfonso con indiferencia, y aun mejor diremos, que con distraccion, como quien se siente ocupado de otros y aun opuestos pensamientos.

Mientras esto pasaba, entraba en palacio don Juan de Luna, á quien el rey acababa de llamar. Apenas llegó á su presencia, le dijo el monarca.

—He resuelto casar á vuestra sobrina con persona de su agrado, y que lo será tambien de todos los de vuestra casa.

Don Juan se quedó suspenso sin acertar á contestar al rey, por que se figuró que el elegido seria el primogénito de Villena, á cuyo padre odiaba. Interpretando el rey sus sorpresa, como muestra de disgusto, añadió con tono severo:

—Veo en vuestro corazón que mi propuesta os desagrada. No lo extraño; sois el tutor de vuestra sobrina, y no os será muy agradable tener que desprenderos de sus riquezas luego que tome estado. Debeis ser menos interesado, y mas obediente á mis resoluciones. Mañana mismo quedará desposada la condesa con don Alfonso de Córdoba, de cuyo casamiento yo seré el padrino. Yo enseñaré á obedecer á quien tenga el atrevimiento de contradecirme.

Puede decirse que las últimas frases del rey volvieron á don Juan de la muerte á la vida. En el momento se olvidó de las duras é injuriosas expresiones que S. M. acababa de dirigirle. El júbilo dominó todos sus afectos y fué le un modo tan visible, que no se le ocultó al rey la mutacion de su semblante. Arrebatado de alegría, se arrojó á sus pies, diciéndole:

—Señor, estais obedecido. No puedo deciros mas, por que el gozo que me ha producido vuestra resolucion niega á mis labios las palabras.

Don Juan, por satisfacer á una insinuacion de S. M. le esplicó prolijamente los motivos de su conducta. El rey lo oia con atencion é interés, haciéndole algunas preguntas, y enterándose completamente de todo. Estas esplicaciones hicieron que el rey se empeñase mas en que inmediatamente se verificase el casamiento de don Alfonso con la de san Esteban.

—Id al momento, dice á don Juan, buscad á don Alfonso, y como que sale de vos; y no de orden mia, repetidle mis palabras, sin omitir una siquiera. Que se entere de cual es mi voluntad, y de que esta ha de ser obedecida sin réplica. Añadidle que no permitiré que con respetuosos y humildes ruegos me pida lo contrario. Levantáos don Juan.

Corre este precipitado á poner en ejecucion lo que el rey acababa de mandarle, y una casualidad feliz para él le proporcionó encontrar á pocos pasos á don Alfonso. La agitacion y el placer no permitian hablar á don Juan. don Alfonso le preguntó el motivo de ambas cosas, y don Juan le refirió cuanto debia decirle.

Don Alfonso quedó suspenso y demudado despues de oir lo que don Juan le refirió. Por algunos momentos no pudo articulalar palabra. Como el silencio continuase acompañado de una gran alteracion en todo su semblante, don Juan le dijo con algun cuidado:

—¡Parece que habeis enmudecido!

A esto, haciendo un gran esfuerzo, y con voz algo trémula, contestó don Alfonso:

—El rey puede lo que quiere, y quiere que yo quiera lo que no puedo. Ni llegará el caso de que me lo mande, ni la ocasion de que yo pueda obedecerle.

Don Alfonso se separó, sin hablar una palabra, de don Juan, que no pudo detenerle ni seguirle por la velocidad con que caminaba. Don Juan quedó asombrado sin saber que resolucion tomar. ¿Ir á informar al rey de lo que acaba de ocurrir? No, porque el carácter violento y arrebatado del rey, que no puede tolerar que nadie resista á su voluntad, pondria en sumo riesgo á don Alfonso. Se le ocurre la idea de ir á instruir de todo á doña Catalina, confiado en la prudencia y discrecion de esta dama. Llega á su habitacion, la informa de todo y al referir la alteracion que causó en don Alfonso la resolucion del rey, y la respuesta que dió, exclamó aquella con un grito de dolor.

—Dios mio!.... don Alfonso vá á ser sacrificado por su constancia!

Pronuncia esta frase con una grande emocion, levantándose precipitadamente para llamar á un criado: encarga á este que corra á buscar á don Alfonso por toda la ciudad y por todas partes, y que no vuelva sin él. Pálida, con las manos cruzadas sobre el pecho, andando de una parte á otra, en el mayor desorden y agoviada por una profunda afliccion, que le hacia correr lágrimas mal reprimidas, se dirige á don Juan, y con voz agitada é interrumpida, le dice:

—Retiráos á vuestra casa, esperad allí las resultas, que os comunicaré, de la conferencia que voy á tener, primero con don Alfonso, y despues con el rey.

A poco de haberse retirado don Juan, vuelve el criado de doña Catalina, trayendo del brazo á don Alfonso, que al entrar en la sala presentaba el aspecto de un cadáver. Deseompuesto el vestido, desordenado el cabello,

anhelosa la respiracion por el cansancio y la fatiga, y sobre todo por el dolor intenso que oprimia su corazon; cubierto su rostro de una palidez mortal, y sus ojos como desencajados y sin accion, dejó su presencia por algunos instantes abismada á doña Catalina; pero acercándose á él, desasosegada por la situacion horrorosa en que lo encontraba, y tomándole cariñosa una mano, le dice: «¿Qué teneis, señor y dueño mio?» Antes de que hiciese un esfuerzo para hablar, lo sentaron entre dos criados en un camapé, y doña Catalina, trémula, ahogada su voz, se colocó á su lado. Conociendo don Alfonso que las fuerzas le abandonaban, volvió sus ojos amortiguados hacia doña Catalina, y le dice con sumo trabajo y con voz apagada:—«Me faltan las fuerzas: solo puedo deciros que os he amado hasta la muerte, y que muero, siendos fiel.... fiel.» Estas últimas palabras fueron mal articuladas. Don Alfonso cayó en los brazos de doña Catalina. Los suspiros que esta lanzaba y las lágrimas que copiosamente vertia, le hicieron por algunos momentos conservar algun vigor por la fuerza del sentimiento. El rumor de los criados que entraban, acudiendo á las voces de doña Catalina, y la presencia del rey, que llegó en aquel infausto momento, hicieron perder á aquella todo conocimiento. A la vista de este cuadro quedó el rey asombrado y confundido. Mandó que inmediatamente llamasen á sus médicos de cámara. Cuando estos llegaron, don Alfonso ya no existia, y doña Catalina, cuando le disponian algunos auxilios, espiró. Quedaron ambos amantes sentados en el camapé, asidos de una mano, y la cabeza del uno reclinada sobre el hombro de la otra.

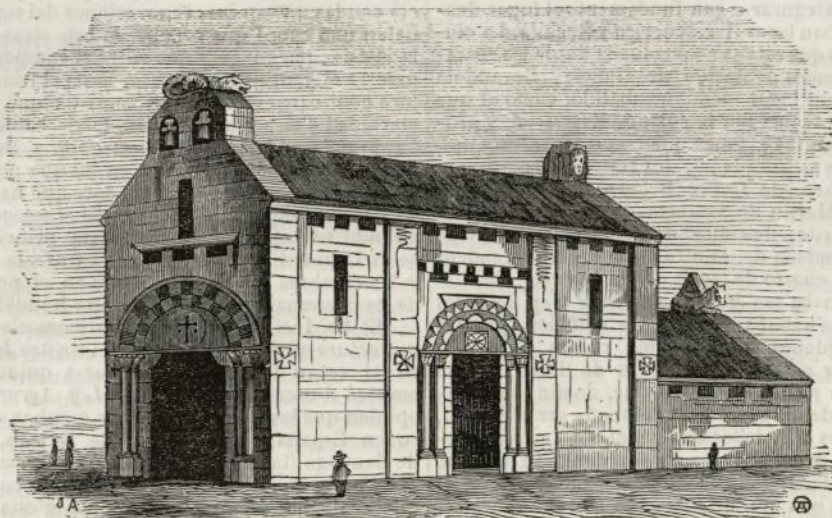
El rey, asombrado y lleno de horror, mandó llamar á don Juan, quien quedó en la misma situacion que el monarca. Refirió á este los últimos acontecimientos que habian preparado aquella catástrofe tan sin ejemplo. Mientras mas se enteraban todos de los pormenores que la habian producido, mas motivos hallaban de asombro y de admiracion. No es nuevo que hayan producido heroicas acciones y catastrofes horribles, la lucha de las pasiones y la exaltacion de estas; pero jamás quizá se habrá visto mayor nobleza, generosidad y elevacion de sentimiento, ni una pugna tal de pasiones tan vehementes, que bastaron para destruir las fuerzas y terminar la existencia de los que atormentaban. La lucha que en su corazon sufrían estos dos amantes era superior á las fuerzas de la humanidad.

El rey mandó que se enterrasen juntos, y se les hiciesen magnificas exequias. Su tumba, ignorada hoy, fué adornada con ingeniosas y expresivas inscripciones. La fineza y generosidad de estos dos amantes ocupó por largo tiempo el númen de los poetas en tiernas endechas y en lastimosos idilios. (1)

F. P. DE ANAYA.

(1) Mariana, Palencia, Alcocer, Ferreras y otros convienen en que don Enrique el impotente hizo cortar la cabeza en la plaza de Medina del Campo á don Alfonso de Córdova por haberse enamorado de doña Catalina de Sandoval, á quien el rey habia galanteado en otro tiempo y á quien ya habia abandonado. Apesar de los testimonios unánimes de tan respetables varones, parece increíble un hecho, que habrán admitido sin suficiente exámen, y copiándose unos á otros. Cuando tantas turbaciones afligian á Castilla, cuando el poder real estaba vilipendiado hasta el punto de tener que salir el rey desde Madrid hasta la mitad del camino de Alcalá á parlamentar con el gefe de los descontentos, no puede presumirse que por la causa antes mencionada, ordenase el rey el suplicio de un personaje de una casa ilustre, esponiéndose así á hacerse mas enemigos y á aumentar los conflictos de su reinado. Por eso hemos admitido, acerca del fin trágico de estos dos amantes, lo que se refiere en una crónica antigua, en que se contiene una relacion, que por varias consideraciones se supone verdadera.

ESTUDIOS GEOGRAFICOS.



Iglesia de San Martín en Tiobre.

ANTIGUEDADES DE GALICIA. (I)

La dominación de los suevos y los vándalos en las regiones cantábricas, es un acontecimiento histórico, fecondo en rebeliones y desgracias. Usurpadores de un poder que tenía sobre la España la *señoría del mundo*, y entregados á rivalidades destructoras, no podían dar estabilidad á su gobierno, y los vencidos feudatarios de los romanos bajo una obediencia pacífica, seguían mejor las tradiciones del imperio de los césares, ganadas con el hierro pero autorizadas por las leyes, que los principios nuevos de un gobierno militar á cuyo frente se hallaban unos monarcas aventureros. Con el tiempo esta dominación que había empezado con principios heterojéneos para las provincias subyugadas, fué un elemento empleado con destreza para la caída del gran coloso que hizo cristiano el magnánimo Constantino. Los suevos y los vándalos en Galicia, así como los alanos en la Lusitania y los silingues en la Bética, desmintieron el carácter invencible que llevaba consigo el poder romano, y fueron los primeros que destruyeron del todo el paganismo materialista de aquellos hombres, que consultaban los oráculos ó marchaban al *apoteosis* para ver por última vez el espíritu de sus emperadores.

Los suevos empezaron á gobernar á Galicia en el año

(1) Algunas noticias de las que damos en este artículo son tomadas de un manuscrito antiguo, que hemos tenido ocasión de leer, y que contiene apuntes interesantes entre un farrago de investigaciones históricas. Su autor es don Manuel de Verin y Gonzalez de Evia, teniente cura de San Martín de Tiobre (antiguo Betanzos).

408; año 8.º del consulado de Honorio, y Gunderico rey de los vándalos, y Hermenerico rey de los suevos, tuvieron su corte en una de las antiguas ciudades de esta provincia. Galicia ha sido el teatro de una cruda guerra contra estos usurpadores, y en su territorio se disputaron la victoria los romanos y los alanos. Entre las poblaciones, que aquellos construyeron ó renovaron merece particular distinción la ciudad de Betanzos, que Vespasiano había arruinado *fame, ferro et cum omnibus militaribus tormentibus*, porque se opuso decididamente á la dominación de los pueblos bárbaros. En el año 531 dice Walfrid *erigunt brigantini adversus suevos castrum Fecium ad ripas Mandoni in monte Catone*. Levantaron los brigantinos un fuerte castillo contra los suevos á orillas del Mandeo en el monte Catonio, y le nombran Feacio. Este monte Catonio ó Caton se llama hoy monte del Gato y tiene un pilón de cantería á manera de tinaja muy grande á donde concurrían los pueblos vecinos á hacer sus juntas segun dice la tradición. (2) El fuerte Feacio fué destruido á los tres años y desde aquella ciudad se gobernaba á los nuevos señores de la antigua *Hesperia*.

He aquí una razón para creer que esta ciudad fué corte de los reyes suevos que en compañía de los alanos gobernaron á Galicia, y la antigua iglesia de San Martín

(2) En Galicia se celebraban las juntas en lugares señalados por alguno de estos fenómenos naturales. En la abolición del feudo de las cien doncellas en esta provincia, se hace mérito de un juego de dados hecho sobre una gran piedra que vemos cerca de Mellid para señalar quien había de ser el jefe de los defensores y creemos que esta costumbre era una reminiscencia de las costumbres célticas que dominaron en aquel país tan propicio á sus misteriosos sacrificios.

de Tiobre (el antiguo Betanzos) cuya vista ponemos al frente de este artículo, viene á comprobarlo con la mayor claridad. A Hermenerico primer rey de los suevos, sucedió Rechila, y después de estos dos capitanes que habían seguido la ley de sus padres muriendo gentiles, vino Rescario que abrazó el cristianismo, que extendió su dominación por la mayor parte de España. Hasta Rescario la dominación sueva había sido á hierro y sangre combatida á todas horas por los vencidos, y por los enemigos de aquella; y no puede asegurarse con fundamento el lugar desde el cual dictaban leyes Hermenerico y Rechila. La ciudad de Betanzos que estaba conceptuada desde los romanos como la primera población de Galicia, llevándola sus naturales á un lugar menos combatido, como el que tiene hoy día, es tenida por la corte de Rescario, y procuraremos señalar las razones que tenemos para esta opinión de hoy mas asegurada por los restos de la antigua iglesia de san Martín de Tiobre (Betanzos el viejo). En el archivo de san Martín de Santiago (cajon 19) decia una historia manuscrita, «la ciudad de Betanzos en sus principios estuvo fundada de la otra parte del rio Manden, hacia el N. á un cuarto de legua donde hoy está. Su sitio primitivo se llamaba *san Martino de Tiobre (hoy Betanzos ó vello)* donde se hallaban ruinas de edificios, piedras labradas, y paredones en hilera como ruinas de calles. Tiene este lugar entradas y subidas de difícil acceso siendo estrecho y alto de manera que domina los contornos sin que de ninguna manera pueda ser ofendido, teniendo ademas al rededor seis montes ó *castros* aspilleros para la mejor defensa.» Recordando lo que fué esta antigua ciudad, dá lugar á largas meditaciones el contemplar que una grande población con sus murallas y sus templos desapareció al golpe de los años, sobreviviendo á estos una pequeña iglesia que se pierde entre los corpulentos árboles que la ocultan de los que en vano quieren buscar á Betanzos en un escarpado monte, donde quedó una pequeña aldea para conservar el nombre de la antigua *Brigantium*. Esta iglesia es un documento histórico de la dominación sueva en aquella parte de Galicia, y aunque pasemos por prolijos haremos una esacta relacion de los restos arqueológicos que conserva para probar un hecho de gran peso.

Un dato histórico presentaba la iglesia de san Martín de Tiobre que bastaba por sí solo para asegurar que había sido construida en tiempo de los suevos. La historia dice que Rescario hermano de Rechila, sucedió á este en 448 y que abrazó el catolicismo en 450, y cuatro años antes que Clodoveo, razon en que se fundan muchos escritores eclesiásticos para decir que Galicia fué la primera en Europa que tuvo rey católico; y en la pared del lado derecho de la iglesia que se reedificó en 1792, habia esculpidos en piedra fina, sobre la reja del mismolado estos números 450. La notable coincidencia de estas dos fechas es un testimonio irrecusable que apoyado en otros de igual naturaleza, colocan á esta iglesia en una gerarquía de las mas antiguas. Con esta circunstancia, es mucho mas facil interpretar las esculturas que nos proponemos examinar. Sobre la espadaña del campanario está esculpido un dragon, que eran las armas de los suevos antes de ser católicos, las que ponian en sus banderas. (1) En el testero de la iglesia sobre el tejado hay dos bustos, el uno con velo hasta los hombros y con cordoncillo al rededor de la cabeza, á manera de corona y el otro con la cabeza desnuda; lo que dá á entender que este es hombre, y aquella una

muger, y siguiendo en la opinion que enunciamos, cual es la de que esta iglesia sino construida fué renovada por Rescario, que el uno es el tercer rey de los suevos y el otro su esposa, la hija de Teodorico. La escultura que se distingue en medio de los dos bustos, representa dos culebras mirándose y separadas por una barra ó columna; no acertando con el sentido de este geroglífico de los suevos. El dragon del campanario pertenece sin ningun género de duda, á estos tiempos, y el 450 que desapareció con las mezquinas renovaciones del siglo pasado, señalan una época que concuerda con otras esculturas de la iglesia, por manera que entre el campanario que manifiesta el gentilismo bárbaro, hasta el triángulo equilátero con carnero sobre la sacristía que representa la eternidad y el periodo restaurador del catolicismo suevo, hay la notable diferencia de un culto y por lo tanto de un nuevo título de soberanía en los que gobernaban. La cruz de la puerta travesía, las doce que hay en la fachada y trasera de la iglesia, el *alpha et omega* que está esculpido sobre el dintel de la puerta principal, el espejo sobre la pared del arco toral en la travesía de la iglesia, y las culebras que se distinguen en el pedestal de una de las columnas conforman nuestra humilde opinion.

El Sr. Inclán Valdés en una memoria sobre la arquitectura gótica en España, y el ilustre Jovellanos que en el retiro de una de las mejores quintas de Galicia empezó á escribir su inmortal *Ley Agraria*, llevan la opinion que las primeras iglesias que hay de este género en España son la catedral de Oviedo, y la antigua de Santiago (la que hoy día está subterránea) pero *san Martín de Tiobre* destruye esta opinion con las pruebas que acabamos de manifestar. Esta iglesia sufrió continuas renovaciones, y esta es la razon por que no tiene una forma arquitectónica que pueda ser señalada por un género dado, pero las pocas columnas que subsisten, la urna que se conserva detras de la capilla mayor, por afuera, y sobre todo el dragon del campanario, señalan una época histórica como la cruz otra religiosa, y la vieja encina el misterioso imperio de los druidas.

Este monumento, único de su género que hay en Galicia, debía llamar la atencion de los arqueólogos para que se determinase la época de su construccion, asegurando con esto que existen en esta provincia, memorias de los tiempos semi-bárbaros. Otras muchas antigüedades góticas y romanas de Galicia se desploman bajo el peso de los años, llegará una época, bien desgraciada por cierto, en que buscaremos, pero en vano, los recuerdos históricos de sus dominadores desde el fabuloso Hércules hasta los ingleses de Drake. Estos y otros monumentos debian copiarse para la solucion de muchos puntos históricos, y por hoy solo nos toca decir que merecian las provincias cantábricas un detenido exámen ya por sus ruinosos edificios, y sus bellezas naturales, ya por olvidadas costumbres que no ceden á las revoluciones y que señalan con colores marcados, nuestra antigua civilizacion. Concluiremos por decir á nuestros lectores que la iglesia de san Martín de Tiobre es una medalla que comprueba la antigüedad de Betanzos, célebre ya desde los tiempos heroicos en que el rey *Brigo* tuvo la humorada de llegar hasta allí, para fundar, como dice la historia, una población combatida mas tarde por las águilas romanas, y que como este monumento habrá otros muchos que debian ocupar la atencion de los eruditos, en beneficio de la claridad, tan poco usada en muchos periodos de nuestra celebre, interesante y gloriosa historia.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

(1) Mendez Silva, Catálogo real de España.

ESTUDIOS MORALES.

CUADRO DE CEBES.

Cebes fué uno de los discípulos de Sócrates, y figura entre los interlocutores del mejor diálogo de Platon. Fiel á las doctrinas morales de su maestro, quiso propagarlas con el ejemplo de sus virtudes y por medio de sus escritos. Se cree que compuso tres diálogos, de los que uno solo ha llegado hasta nosotros, y es conocido bajo el nombre de *Cuadro de Cebes*. Este cuadro es una pintura alegórica de la vida humana. Cebes supone que los extranjeros, al visitar el templo de Saturno, se detienen en el vestíbulo delante de un cuadro que representa una multitud de personajes que se agitan en diferentes sentidos en medio de tres vastos circuitos. Mientras procuran comprender el asunto de esta pintura misteriosa, se aproxima á ellos un anciano consagrado al servicio del templo y les hace la explicacion.

Muchos artistas modernos, entre otros Roman de Hooge y Merian, han querido reproducir con el auxilio del dibujo el cuadro descrito por el anciano. Hemos escogido la composicion de Merian por parecernos la mas satisfactoria. A ella agregamos un extracto del discurso del anciano, y sus respuestas á las preguntas de los extranjeros. Aunque algo se haya perdido en nuestros tiempos la aficcion á las alegorias, creemos que se leerá con interés y hasta con algun provecho, esta ficcion ingeniosa de Cebes, que respira el espíritu elevado de Sócrates, y la pureza de la moral platónica.

—...Sabed, dijo el anciano á los extranjeros, levantando su varilla y alargándola hácia el cuadro, sabed que este circuito que se ofrece á vuestras miradas se llama la vida, y que esa multitud que se agrupa á la puerta son los que deben entrar en ella. Ese anciano mas elevado que tiene un papel en una mano y con la otra parece mostrar alguna cosa, se llama el Genio. Instruye á los que entran sobre la conducta que deben guardar despues de haber venido á la vida y del camino que deben seguir, si quieren no perecer en ella.

—Qué camino les prescribe?

—No veis al lado de la puerta por la cual entra la multitud un trono en que está sentada una muger de rostro compuesto, de ademan persuasivo y que sostiene una copa en su mano?

—La veo; pero cuál es su nombre?

—Esa es la Impostura que seduce á todos los hombres, y embriaga con su bebida mágica á los que entran en la vida.

—Qué licor es ese?

—El Error y la Ignorancia. Despues de haber bebido entran en el circuito.

—Beben todos ese breva de Error?

—Todos lo toman, pero unos mas y otros menos. Veis despues, á la entrada de la puerta una multitud de mugeres que, aunque diferentes entre sí, se asemejan todas á las cortesanas?

—Sí, las veo.

—Esas se llaman Opiniones, Pasiones, Voluptuosidades. A medida que entra la multitud lanzanse sobre cada uno de los que pasan, lo abrazan y lo conducen.

TOMO II

—A dónde los conducen?

—Los unos á la salvacion, los otros á su perdicion, porque están embriagados con el breva de la Impostura.

—Qué licor tan funesto!

—Cada una de ellas les promete conducirlos á la fuente de todos los bienes, y hacer que lleguen á la Felicidad y á la Fortuna. Esos desgraciados, de resultas del Error y de la Ignorancia que han bebido en la copa de la Impostura, no pueden hallar los verdaderos caminos de la vida y vagan á la ventura. No veis tambien como los primeros que han entrado arreglan sus pasos irregulares á los caprichos de esas mugeres?

—Los veo, pero quién es esa otra que parece ciega en el delirio y colocada sobre un globo de tierra?

—Se la llama Fortuna. No solamente es ciega, si no tambien sorda y loca.

—Cuál es su ocupacion?

—Andar errante por todas partes, despojar á unos de lo que tienen para enriquecer á otros, á quienes poco despues despoja tambien para favorecer á otros nuevos: así es que el símbolo que la acompaña caracteriza perfectamente su naturaleza.

—Cuál es ese símbolo?

—Ese globo sobre el cual está colocada.

—Y cual es su sentido?

—Que sus dones no son estables, ni seguros; porque cuando uno deposita en ella su confianza, las caidas son considerables y peligrosas.

—Pero qué quiere esa turba innumerable que la rodea, y como se llama?

—Llámanse la tropa de los Inconsiderados. Cada uno de ellos pide los bienes que ella arroja á la casualidad.

—Por qué no tienen todos la misma fisonomía? Porque los unos parecen entregados á los transportes de la alegría, mientras que los otros tienen sus manos estendidas, en el exceso de su desesperacion?

—Esos, cuyo aire es alegre y risueño, son los que reciben de ella algunos dones, y llámanla *buena Fortuna*. Esos otros que derraman lágrimas y le tienden las manos suplicantes, son aquellos á quienes ella ha arrebatado sus primeros favores, y la llaman *mala Fortuna*.

—De qué naturaleza son, pues, esas dádivas, que causan tanta alegría á los que las reciben y hacen derramar tantas lágrimas á los que las pierden?

—Lo que la generalidad de los hombres considera como bienes.

—Cuáles son esos bienes?

—Las riquezas, la gloria, la nob'leza, los hijos, las dignidades, las coronas, y las demás posesiones semejantes.

—Estas cosas no merecen el nombre de bienes?

—Esta es una cuestion que podremos ventilar en otra circunstancia: por ahora, prestemos atencion á la explicacion de la alegoria.

—En hora buena.

—Despues de haber pasado esa puerta, veis otro circuito y fuera de él mugeres engalanadas?

—Sí.

—Llámanse, una la Intemperancia, otra la Voluptuosidad; las dos últimas, la Avaricia y la Adulacion.

—Porqué se hallan en ese sitio?



CUADRO DE LA VIDA, dibujado por Merian segun el diálogo de Cebes.

- | | | |
|--|--|--|
| 1. Los niños á la entrada de la vida. | 20. La falsa Instruccion. | 38. La mansion de los Bienaventurados. |
| 2. El Génió. — 3. La Impostura (la Seduccion). | | 39. La Instruccion. |
| 4. 5. Puerta del primer circuito. Las Opiniones, los Deseos, las Pasiones. | <i>Puerta del segundo circuito.</i> | 40. La Persuasion. |
| 6. La Fortuna. | 21. 22. 25. Poetas, Oradores, Dialécticos. | 41. La Verdad. |
| 7. 8. La Intemperancia, la Voluptuosidad, la Avaricia y la Adulacion. | 24. Músicos. | 42. El viagero purificado. |
| 9. Los Crímenes. | 25. 26. 27. Matemáticos, Astrónomos, Astrologos. | 43. 44. Entrada del santuario de la Ciencia, cortejo de Virtudes. |
| 10. La Pena. | 28. 29. 30. Epicureos, Peripatéticos, Críticos. | 45. La Felicidad. |
| 11. La Tristeza. | 31. La Intemperancia. | 46. Viagero coronado por la Felicidad. |
| 12. Dolor. | 32. Las Opiniones, la Ignorancia y la Locura. | 47. La Ciencia, la Justicia, la Integridad, la Libertad, la Dulzura etc. |
| 13. El Luto. | 33. 34. 35. Avenida y sendero de la verdadera Instruccion. 5.º Circuito. | 48. Vuelta del viagero coronado. |
| 14. La Desesperacion. | 36. La Moderacion, la Continencia. | 49. 50. Viageros que no han tenido valor para llegar hasta la cumbre. Caminan segundos de la Ignorancia, el Dolor y la Tristeza. |
| 15. 16. El Castigo, la Prision. | 37. La Paciencia, el Valor, la Fé. | |
| 17. El Arrepentimiento. | | |
| 18. La Opinion. | | |
| 19. El Deseo. | | |

—Observan á los que han recibido alguna cosa de la Fortuna.

—Y despues que hacen?

—Entonces saltan de alegría, los abrazan, los adulan y les obligan á quedarse con ellas: prometiéndoles una vida dulce, exenta de pena y de afliccion. Si alguno, seducido por estas hechiceras, se declara por el placer, este género de vida le parece al principio delicioso, pero estas delicias carecen de realidad. Por el contrario, cuando vuelve de su embriaguez, se apercibe del engaño y de que sus bienes y persona han sido presa del robo y de los ultrajes. De este modo, despues de haber disipado todo lo que habia recibido de la Fortuna, se vé obligado á obedecer como esclavo á estas mugeres, á sufrirlo todo y á entregarse por complacerlas á los mayores excesos; por ejemplo, á ser tramposo, sacrilego, perjuro, traidor, ladrón, y á reunir todos los vicios; y cuando ya ha agotado todos los crímenes es entregado á la Pena.

—Y cuál es?

—Veis detrás de esas figuras una especie de respiradero y un calabozo estrecho y tenebroso? La que tiene en la mano un azote se llama la Pena; la que apoya su cabeza sobre las rodillas es la Tristeza, y la que se arranca los cabellos es el Dolor.

—Cuáles son esas otras dos que se ven á su lado, desnudas, feas, deformes y descarnadas?

—La una se llama Tedio y su hermana la Desesperacion. A estos verdugos es entregado el criminal, pasa á su lado en continuos tormentos. Despues se le arroja á otro calabozo, el de la Desgracia, donde pasa el resto de su vida víctima de toda suerte de males, á no ser que tenga la felicidad de encontrar el Arrepentimiento.

—Entonces que sucede?

—Si el Arrepentimiento viene á su socorro, le libra de esta cruel esclavitud, é inspirándole nuevos deseos, nuevas opiniones, le da á escoger dos caminos, el que conduce á la verdadera instruccion y el que guia á la falsa. Si escoge el mejor, al concluir su viage es purificado, separado de los peligros que le amenazaban y pasa el resto de su vida en el seno de la felicidad, al abrigo de toda desgracia; en caso contrario la falsa Instruccion le arrastra por los caminos del Error.

—Gran Júpiter, que terrible es ese peligro! Y la falsa Instruccion dónde esta?

—Veis ese otro circuito, y á la entrada del vestibulo esa muger adornada con tanto arte y elegancia? La

multitud y los hombres casquivanos la llaman Instruccion, pero es un nombre que no merece. Todos los que deben ser presentados estan obligados á pasar aquí antes de llegar á la mansion de la verdadera Instruccion.

—No hay otro camino que conduzca á ella?

—Sí, hay otros.

—Quiénes son esos que se pasean en el interior del circuito?

—Esos son los adoradores de la falsa Instruccion, que seducidos por ella, creen vivir con la verdadera.

—Cómo los llamais?

—Poetas, oradores, dialécticos, músicos, aritméticos, géometras, astrólogos, epicureos, peripatéticos, críticos y otros que se les asemejan.

—Y esas mugeres que parecen correr de un lado á otro y se asemejan á las primeras, de cuyo número eran la Intemperancia y sus compañeras, quiénes son?

—Son las mismas.

—Cómo? entran tambien en este circuito?

—Sí, pero menos veces que en el primero.

—Las Opiniones tambien?

—Tambien: la Ignorancia y la Locura forman igualmente parte de esta turba. Los que acabo de citar sienten todavia los efectos del brevage funesto que les ha presentado la Impostura, y no pueden librarse del yugo de la Opinion y de los demás vicios hasta que no abandonen á la falsa deidad, sigan el verdadero camino, tomen un licor saludable capaz de purificarlos y desechen la Opinion, la Ignorancia y todos los vicios que los asedian. Entonces su emancipacion es segura. Pero en tanto que permanezcan al lado de la falsa Instruccion, su esclavitud durará siempre, y sus conocimientos serán para ellos la fuente de mil males.

—Cuál es, pues, el camino que conduce á la verdadera Instruccion?

—Veis ese cerro elevado y casi desierto, esa puerta estrecha, y delante de la puerta un sendero poco frecuentado, que parece escarpado é impracticable? Elévase allí una cumbre de difícil subida, y por todas partes está rodeado de horribles precipicios. Mirad el camino que conduce á ella.

—En efecto, á la simple vista parece muy penoso.

—Despues de la altura hay una roca elevada, escarpada por todos lados, desde la cual dos mugeres robustas y vigorosas tienden los brazos con abínco.

—Ya las veo; pero cuál es su nombre?

—La una se llama la Moderacion, la otra la Paciencia, y son hermanas.

—Porqué alargan con ahinco las manos?

—Para exhortar á los viajeros, que han llegado hasta allí, á que se armen de valor, y no se abandonen á una cobarde desconfianza. Dícenles ademas que despues de algunos esfuerzos hallarán un camino agradable.

—Pero cuando llegan al pie de la roca, como pueden subir á ella? porque no veo sendero que conduzca á la cumbre.

—Las dos ninfas descienden de esa roca, y los atraen hacia ellas. En seguida les dicen que respiren, y poco despues les dan fuerza y confianza prometiéndoles conducirlos á la verdadera Instruccion, y les muestran el camino llano, sin obstáculos y sin peligros. Veis tambien delante de ese bosque una hermosa pradera, alumbrada por una luz pura y brillante; despues, en medio de esta pradera ¿no veis otro circuito y otra puerta?

—Sí; pero como se llaman estos lugares?

—La mansion de los Bienaventurados; por que en ella habitan todas las Virtudes y la Felicidad.

—Que envidiable es esa mansion!

—Al lado de la puerta, no distinguís una matrona hermosa, llena de modestia, y ya en la edad madura, sencilla en su exterior y sin ningun adorno prestado? Hállase colocada no sobre un globo, si no sobre una piedra cuadrada é inmóvil. A su lado se ven otras dos mugeres que parecen ser sus hijas. Esta diosa es la Instruccion y sus dos compañeras la Verdad y la Persuasion.

—Porqué está colocada sobre una base cuadrada?

—Para mostrar á los viajeros que el camino que conduce á ella es firme y sólido, y que es segura la posesion de sus dones.

—Cuáles son estos dones?

—La confianza y una seguridad inalterable.

—Cuál es su utilidad?

—La persuasion intima y fundada de que ya no se experimentará ningun mal en el curso de la vida.

—Que dones tan magníficos! Pero por qué se halla fuera del circuito?

—Para curar á sus huéspedes y presentarles una bebida saludable. Cuando un viajero llega hasta la Instruccion, le cura y le presenta el licor que debe purificarle de todos los vicios que ha llevado consigo.

—Cuáles son esos vicios?

—La Ignorancia y el Error bebidos en la copa de la Impostura, el Orgullo, la Avaricia, la Intemperancia, la Cólera, y todos los demas vicios á que se entregó en el primer circuito.

—Luego que es purificado, á dónde lo envían?

—Se le introduce en la mansion de la Ciencia y de las demas Virtudes. No veis mas allá de la puerta un séquito de jóvenes bellas, modestas, sin adorno y sin arte? Llámase la primera la Ciencia; las demas que son sus hermanas, la Fortaleza, la Justicia, la Integridad, la Temperancia, la Moderacion, la Libertad, la Continencia y la Dulzura.

—Qué hermosas son! qué brillantes nuestras esperanzas!

—Sí, si comprendéis y poneis en práctica lo que habeis oído.

—Tened por seguro que procuraremos hacerlo.

—De eso depende vuestra felicidad.

—Despues que las Virtudes se han apoderado de nuestro viajero, á donde lo conducen?

—A la Felicidad su madre. Veis ese camino que conduce á esa elevacion que domina á todos los circuitos? A la entrada del vestíbulo hay una matrona de edad madura, de interesante figura, sin lujo, adornada por

las manos de la Decencia, sentada en un elevado trono, y coronada con una guirnalda de flores. Esa es la que se llama Felicidad.

—Qué hace cuando llega alguno á su trono?

—Ella y todas las virtudes sus compañeras le coronan con sus dones, como un generoso atleta que sale vencedor de los mas duros combates.

—Pues qué enemigos ha vencido?

—Los mas peligrosos de todos, los monstruos crueles que le devoraban, le atormentaban y le hacian gemir en la mas dura esclavitud: estos son los enemigos de quienes ha triunfado y á los cuales ha anonadado. Vuelto ya á la libertad, esos mismos monstruos que poco ha eran sus tiranos, están convertidos en esclavos suyos.

—De que monstruos hablais? Deseo conocerlos.

—En primer lugar de la Ignorancia y del Error; no los considerais como monstruos?

—Sí, y cómo monstruos crueles.

—En segundo lugar del Dolor, del Duelo, de la Avaricia, de la Intemperancia y de todos los vicios. Dominados ya como señor, pues ya no es su esclavo.

—Qué empresas tan brillantes! qué hermosa victoria! Pero decidme, qué virtud tiene la guirnalda con que es coronado el vencedor?

—Asegurar la felicidad. En efecto, el que ciñe esa corona disfruta de una felicidad pura y sólida; no la espera de los demás, por que la halla dentro de su propio corazón.

—Triunfo brillante y digno de escitar la emulacion! Pero despues de haber sido coronado que hace? A dónde va?

—Las virtudes lo conducen al punto de donde habia partido, y desde allí le enseñan á los demas mortales, su extravío, sus vicios y la desgracia de su vida, sus naufragios, y como son llevados en triunfo por sus enemigos, los unos por la Intemperancia, los otros por la Vanidad, estos por la Avaricia, aquellos por la falsa Gloria, todos por algun vicio semejante. Ellos no pueden romper las pesadas cadenas que los abrumaban para refugiarse en esa feliz mansion, y durante toda su vida son víctimas de la inquietud y de la agitacion. Les han sucedido estas desgracias por que perdieron de vista las instrucciones del génio, y ya no pueden hallar el camino que conduce á la Felicidad.

—Teneis razon; pero quisiera saber porqué las Virtudes muestran á nuestro viajero los parages por donde primeramente ha pasado.

—Entonces no comprendia, ni veia claramente nada de lo que pasaba á su alrededor. En un estado de duda y de incertidumbre, ciego por los vapores de la Ignorancia y del Error, tomaba por bueno lo que no lo era, y por malo lo que era bueno; de modo que vivia como los demas que habitan esos lugares. Ahora que posee la ciencia de las cosas útiles, su vida es arreglada, y contempla compasivo los errores de los demas mortales.

—Despues de haber contemplado todos esos objetos, qué hace? á donde dirige sus pasos?

—Por todas partes por donde le place; porque por todas partes va con seguridad, como Júpiter al antro del monte Dictys. A cualquiera parte á donde se dirija, será virtuoso y estará al abrigo de todo peligro. En todas partes será acogido, obsequiado, como un médico de sus enfermedades.

—Nada tiene que temer ya de esas mugeres, que tratáis de monstruos crueles?

—No, nada teme ya de ellas. No le atormentarán el Dolor, la Tristeza, la Intemperancia, la Avaricia y la pobreza, en fin ninguna clase de males. Esclavo antes de estas pasiones, es ya su señor, y todas respetan hoy su superioridad.

—Muy bien; pero decidme quienes son esos que

descienden de la cumbre? Los unos tienen la cabeza ceñida con guirnalda y la fisonomía serena y risueña; los otros sin corona y pintada en el rostro la desesperación: su cabeza encorbada y sus trémulas piernas anuncian su abatimiento y parecen sostenidos por esas mugeres.

— Los que llevan coronas han llegado felizmente hasta la Instrucción, y muestran su alegría por haber recibido de ella una favorable acogida. De los demás que veis sin coronas, unos han sido duramente conducidos por la diosa, y se retiran todavía sometidos al imperio del vicio y de la desgracia, y otros a quienes les faltó valor después de haber llegado hasta la Paciencia, se vuelven atrás y andan después errantes sin hallar camino seguro. Las mugeres que los siguen son el Dolor, la Tristeza, la Ignominia y la Ignorancia.

— Según eso, todos los males forman su cortejo?

— Quién lo duda! Estos últimos después de haber entrado en el primer circuito, al lado de la Voluptuosidad y de la Intemperancia, lejos de culparse a sí mismos, prorrumpen desde este momento en invectivas contra la Instrucción y los que dirigen hacia ella sus pasos, considerándolos como unos desgraciados que abandonan una vida dulce por otra dura y penosa, y se privan de los bienes que ellos mismos gozan.

— Cómo llamáis á esas otras mugeres que vienen tan risueñas de la morada de la Instrucción?

— Se llaman Opiniones. Vienen de conducir á esa morada á los que han entrado en el santuario de las virtudes, y vuelven por otros para anunciarles que los primeros gozan ya de la felicidad.

— También ellas son introducidas á donde están las Virtudes?

— No; la opinión no puede penetrar en el santuario de la Ciencia. Conténtase con presentar á los viajeros á la Instrucción, y cuando esta los ha recibido, vuelve atrás en busca de otros, como los bageles descargados de sus mercancías vuelven á darse á la vela para ir á buscar otras.

— Pero todavía no habeis dicho lo que el genio recomienda á los que entran en la vida.

— Que tengan mucho valor....

El anciano continúa y dá á los estrangeros excelentes consejos sobre el aprecio y uso que debe hacerse de los bienes de la Fortuna; pero estos preceptos no se refieren mas que indirectamente al cuadro, y á pesar de su sabiduría nada dice que no se halle con ventaja en la moral del cristianismo.

ESTUDIOS LITERARIOS.

FABULA.

BIENES PROMETIDOS.

El mundo al empezar, si bien me fundo,
Júpiter trajo al mundo
para dar por igual á los mortales,
en un arca los bienes,
y en otra arca los males.
Cogió el arca primera,
(que por mí mal, la de los males era),
y el censo atroz de los odiosos males
distribuyendo con piadoso intento,
ciento á Luis, ciento á Juan, y á Ramon ciento,
quedamos, salvo error, todos iguales.
Abrió el arca segunda,
y tanto criminal (que Dios confunda),
acudió á ver los bienes que brillantes
lucian cual riquísimos diamantes,
que al fin los mas bribones
entraron de robar en tentaciones.
Por detrás un avaro sin decoro
sustrajo bienes mil, (mil onzas de oro);
y un alcalde, (un truan) dando pisadas,
diez bienes se apropió, (diez alcaldadas):
aquí un lascivo su placer corona
con una virgen que aspiró á matrona;
allí un poeta, (un cándido presumo)
tan solo robó un bien, (la gloria) humo!;

y un ruin magnate, de nobleza rancia,
veinte bienes sustrajo sin conciencia,
reducidos en última sustancia,
á diez y nueve cruces y un vucencia.
Tantas eran por fin las sustracciones
de ambiciosos, de avaros, y ladrones,
que Júpiter atándose la capa,
(lo que prueba la fé de los humanos)
andaba con los pies y con las manos,
por aquí y por allí tapa que tapa.
Al ver tanta ruindad en los mortales,
por último el buen dios perdió la calma,
y llevándose el arca en cuerpo y alma
dijo al cerrar las puertas celestiales:
— «Yo juro por esta arca que ahora encierra
los bienes que el mortal anhela tanto,
de no sacar un bien, ni aun para un santo,
hasta que no haya infames en la tierra.»
Dijo así el dios, y el diablo que lo oía,
(pues siempre anda del hombre en compañía)
gritó á la gente que se vió burlada
lanzando una insolente carcajada:
— «¡Noble mortal, mi digno descendiente,
(lo cual nunca en tus actos se desmiente),
el dios que escuchas, de inocencia lleno,
sus bienes te promete en siendo bueno:
si hasta entonces no aguardas otros bienes,
acuéstate á dormir que tiempo tienes.»—

RAMON DE CAMPOAMOR.

ESTUDIOS HISTORICOS.



Pacto solemne entre el marqués de Villena, el duque de Benavente y el arzobispo de Toledo.

EL GABAN

DE DON ENRIQUE EL DOLIENTE.

NOVELA HISTORICA.

En una mañana del mes de diciembre del año 1391, y en una de las capillas de la catedral de Toledo, donde se halla el enterramiento del rey don Juan el I, se encontraban silenciosamente reunidos una multitud de ricos hombres y nobles de Castilla. El arzobispo don Pedro Tenorio celebraba en un altar la misa, y al llegar á la comunión tomando en sus manos la hostia consagrada, bendijo pausada y solemnemente á la concurrencia que con la mayor devoción se postró en el suelo. Levantáronse solo dos caballeros de apuesto talle y magestuoso porte, armados con bruñidas corazas y sobre cuyos blancos mantos resplandecía la roja cruz de Calatrava. Eran el marqués de Villena, don Alonso de Aragon, condestable, y don Fadrique duque de Benavente. Tres veces doblaron la rodilla antes de llegar al altar. El arzobispo dividió en tres partes igual-

les la santa hostia, comu'gó con ella á los dos caballeros y reservando para sí la tercera continuó devotamente celebrando la misa.

Acababa de celebrarse por este medio usado en aquellos tiempos, un pacto indisoluble, entre los dos mas poderosos ricos hombres de Castilla y el prelado de Toledo. Los caballeros que asistian en la capilla, eran los principales deudos y parciales de unos y otros.

Despues que el arzobispo se desnudó las sagradas vestiduras, abrazó á los dos ricos hombres, y dirigiéndose con ellos detras del altar donde habia celebrado, hizo abrir una pequeña puerta de hierro que daba entrada á un enterramiento.

Un sacerdote alumbraba con una antorcha delante del arzobispo. Entró este el primero, y seguido del marqués de Villena, Benavente y demas, bajaron una multitud de escalones hasta llegar a un panteon. Componiase este de una pieza circular coronada de una bóveda de piedra, embellecida con adornos góticos, y trofeos de armas esculpidos en las denegridas paredes, que daban á este lugar al vacilante resplandor de la antorcha un aspecto imponente y sombrío. El pavimento estaba enlosado con grandes piedras de mármol negro, y en medio de él se alzaba un sepulcro sobrecargado de adornos de bronce, y sobre él se veia una estatua de mármol acostada con un cetro en las manos y en la cabe-

za la diadema de los reyes. Era el sepulcro donde un año antes el arzobispo había depositado el cuerpo del rey don Juan I de Castilla, cuyo reinado había prolongado aun mas allá de la muerte.

Don Pedro Tenorio se hallaba al lado del rey en Alcalá, cuando el 9 de octubre de 1390, queriendo don Juan hacer alarde de su gallardía y gentileza pasando revista á las tropas, metió espuelas á su caballo, el que desbocado en la carrera le arrojó sobre el suelo dejándole muerto á los 33 años de su edad.

Mandó en el acto el arzobispo don Pedro, alzar una tienda en el mismo lugar donde el rey había caído, puso de guardia hombres de confianza y llamados que le custodiasen. Aparentó cubrir de ropa el cuerpo del rey; daba las órdenes en su nombre, dispuso en todas las ciudades rogativas por su restablecimiento, para entreteener las gentes y evitar las revueltas que amenazaban entre los señores, y que apenas estaban reprimidas, pero este engaño solo pudo sostenerse por algunos días, si bien fueron los bastantes para asegurar la sucesión del reino al hijo del rey, don Enrique, de edad de 9 años, que se hallaba en Talavera, á quien hizo venir á su lado, y por quien se alzaron pendones en todas las villas y ciudades proclamándole rey de Castilla y de León.

Arrodillóse el arzobispo delante del sepulcro y lo mismo hicieron todos los ricos hombres y nobles que le seguían. Solo permaneció de pie el sacerdote que tenía en su mano la antorcha, cuyos pálidos reflejos dejaban ver la emoción que agitaba el pálido rostro del prelado.

Levantóse este despues de un brevísimos rato, y puso también en pie todos los que le acompañaban.

—Permitaos el cielo, exclamó el prelado con acento conmovido, permitaos, buen rey, velar sobre la suerte de vuestro hijo. Cuando se vea libre de los traidores que hoy le aprisionan, y que han profanado vuestra última y sagrada voluntad, yo le traeré aquí para que aplaque y consulte vuestra sombra irritada.

—Dios oiga nuestras súplicas. El testamento del rey nos servirá de escudo y santificará nuestros medios de venganza, exclamó el duque de Benavente.

—En medio de las tinieblas hace Dios resplandecer su luz, murmuró el marqués de Villena, y su misericordia jamás abandona á los justos....

—Sí, Dios es justo, continuó el arzobispo, y no abandona jamás las causas santas, y humillará la soberbia de nuestros altivos enemigos. Tenemos por nosotros la voz de su vicario en la tierra: El papa Clemente ha enviado á su legado, fray Domingo de Santi-Ponce, y al verle entre nosotros tomarán nuestra demanda todos los prelados del reino. Los reyes de Aragon y de Francia ausilian también nuestra santa empresa. Yo he escrito á los pueblos y caballeros invitándoles á tomar las armas y librar el reino de los que so color de gobierno lo tiranizan. Yo les he hecho ver que la violencia de unos pocos, tiene oprimida la libertad de Castilla, que en las cortes no se da lugar á la razon, antes bien prevalece la soltura de la lengua, y las demasias: las banderías campean en palacio, y en la corte no se vé sino gente armada. La regencia se deja llevar del arroyo de los que todo lo quieren mandar y revolver, hombres de ambicion y de bullicio: La postrera voluntad del rey don Juan que debieran tener por sacrosanta es, menospreciada, so color de haber sido hecha de priesa y aceleradamente en Portugal en el sitio de Cillorico.

—Yo fui, exclamó conmovido Pedro Lopez de Ayala, yo fui el depositario de ese tan combatido testamento, yo vi al buen rey la víspera en que perecieron tantos honrados castellanos delante de los muros de Cillorico, meditando, triste, sombrío, escribir de su propio puño sobre el pálido pergamino su voluntad postrera, yo le ví orar

despues fervoroso al cielo, y yo recibí de su mano al marchar al asalto ese precioso documento, yo lo presenté despues de su temprana y repentina muerte á las cortes de Madrid reunidas para tratar de asentar la gobernacion del reino durante la menor edad del nuevo rey. El conde de Trastamara me ofreció seis villas en cambio del pergamino escrito ante los muros de Cillorico. Yo no lo trocára por la mitad de Castilla. Ahí mi buen rey sabía que su fiel Pero Lopez era incapaz de felonía y al mismo tiempo ocultó con ambas manos su rostro venerable que regaban ardientes lágrimas.

—La traicion inutilizó vuestra probidad. El testamento del rey no satisfacía la ambicion de Trastamara y sus parciales. Ofendiéoles el que el padre nombrase por tutores de su hijo hasta la edad de 15 años y regentes del reino á don Alonso de Aragon marqués de Villena, condestable; á mí como prelado de Toledo; á don Juan de Manrique arzobispo de Santiago; al maestro de Calatrava, don Gonzalo Nuñez de Guzman conde de Niebla; á don Pedro Mendoza su mayordomo mayor, y á seis ciudadanos de Burgos, Toledo, León, Sevilla, Córdoba, Murcia, uno de cada cual de estas ciudades sacado por voto de sus cabildos. Altercóse mucho sobre el caso, vosotros visteis cual fué el resultado. Unos pocos quisieron que se cumpliera la voluntad del testador. Pocos menos aun reclamaron el que se obedeciese la ley del sabio don Alfonso que ordena que los gobernadores del reino sean uno, tres, cinco ó siete. Trastamara había ganado las cortes y hecho con sus procuradores el pacto de dividir el poder. El testamento del rey fué considerado nulo: solo por respeto á mí y por no descontentar al clero se declararon válidas las mandas que hacia á la iglesia de Toledo. El duque de Benavente y Trastamara fueron nombrados regentes, lo fué el marqués de Villena ausente en Aragon y desterrado, lo fui yo también, el arzobispo de Santiago don Juan Manrique, y los maestros de Santiago y Calatrava. Las cortes se nombraron también á sí mismas, y decretaron que de los diez y seis procuradores los ocho por turno de tres en tres meses se juntasen con los demas gobernadores con igual voto y autoridad. En vano alegué que la muchedumbre en el gobierno seria ocasion de revueltas, hube de ceder á la violencia, á las amenazas.

Un día el conde de Trastamara mal avenido de que su voz sola no gobernase el reino, rodeó de sus parciales armados la iglesia de san Miguel. Los tutores y regentes fuimos sus prisioneros. Faltos de recursos para castigar su insolente demasia, no quisimos ser los instrumentos de su pérdida traicion, y al día siguiente salí para mi ciudad de Alcalá y de allí á Talavera y á esta ciudad, adonde he convocado á cuantos tengan aun en algo la fé y honradez castellana.

El duque de Benavente dijo poniendo su mano sobre la espada:

—Yo tampoco quise tolerar tamaña mengua: yo he jurado no descansar hasta que se haga justicia á nuestra demanda, yo he reunido á mis gentes los recursos que me proporciona el conde de Alburquerque.

—Yo he venido á unirme á vosotros desde mi destierro de Aragon, donde voluntariamente me habia desterrado por agravios que me hizo el rey difunto, pero ante su tumba, dijo el marqués de Villena inclinándose reverentemente, todo lo olvido, y acudo á la voz del padre que me encomienda la guarda de su hijo.

—Hemos entrado sobre una débil barquilla, y apesar de las tempestades nos hemos lanzado al mar, tal vez nos estrellaremos contralos escollos; tal vez una furiosa ola nos tragará. No importa! al arrojarlos á tan santa empresa, solo hemos escuchado la voz de nuestra conciencia, nos hemos lanzado á la lid sin contar el número de nuestros enemigos. Tratemos de darle feliz cabo y cima, aquí á este lugar sagrado que el espíritu de Dios hace imponente, dentro de esta tumba dó yace el padre, por

cuyo hijo vamos á combatir sin tregua ni descanso, confiaremos los documentos escritos; la santidad de estos nobles despojos los protegerá en el caso de una derrota: desgraciado el que venga á buscarlos, porque Dios castiga á los profanadores!

Dijo el arzobispo, y encerró respetuosamente dentro de la tumba una porción de pergaminos que contenían el testamento del difunto rey que era como la bandera de los señores coligados contra la regencia de Trastámara, y los documentos que habían servido para formar la confederación, y que en el caso posible de un descalabro hubiesen sido causa de atroces venganzas de los vencedores contra los vencidos.

Repentinamente se oyó un ruido en los escalones que bajaban á la bóveda.

Era el arcediano de Eciija, Fernán Martínez, eclesiástico de un celo fanático, de formas atléticas y voz estentorea; que había recorrido los pueblos de Castilla predicando contra los opresores del rey, y que había persuadido á la reina viuda doña Beatriz que se hallaba en Maqueda á que saliendo de su retiro viniese á juntarse á los parciales del arzobispo y de Benavente.

—¿Qué queréis? le preguntó con un tono altivo el arzobispo, que sentía verse interrumpido con su llegada.

—La reina la reina acaba de llegar, acompañada muchos nobles, y un recadero de la orden de Calatrava trae las nuevas de que Juan de la Cerda, alcaide de Mayorga ha levantado el pendon por el duque de Benavente.

—Vosotros lo habíais dicho, venerable arzobispo, Zamora seguirá su ejemplo. El alcaide Villazán me ha prometido decidirse, Dios protege visiblemente nuestra empresa.

El arzobispo abrazando á Benavente y Villena dió muestras de gozo, y los nobles se dieron mutuamente y como felicitándose, las manos.

—Vamos á besar la mano de la reina y hacerla pleitesía y homenaje, dijo el de Benavente brillando en su rostro la mas pura alegría, y el arzobispo y los grandes señores salieron de la bóveda dejando confiado al secreto de la tumba el secreto de la liga, que iba de nuevo á encender la guerra civil en Castilla.

Toledo estaba hecho una ciudad de armas. Los tercios que cada uno de los señores había reunido para formar el ejército de los mantenedores del testamento del rey se hallaban estacionados, en tanto que había durado la junta de los confederados en la catedral, en la plaza de este gótico y suntuoso templo y en la de Zocodover. Sobre el alcázar de Toledo tremolaba una bandera con las armas reunidas del arzobispo, Benavente y Villena, y á cada momento avisaban los vigías de la torre la llegada de nuevos peones y caballos que venían á juntarse y tomar parte en la lid que se preparaba. Los castellanos se habían acostumbrado á las contiendas civiles y el espíritu de revueltas era inherente á aquel siglo.

Con grandes aclamaciones de las tropas fueron recibidos los grandes á su salida de la catedral. El de Benavente, mozo aun y gallardo, cautivaba la atención general, y su semblante altivo y severo siempre, dejaba este día verse apacible y satisfecho; él sabía solo entre tantos como se dirigían á rendir su cortés homenaje á la reina, que doña Beatriz se había decidido á venir á Toledo y á prestar á la causa de los confederados la influencia de su nombre y de sus amigos, porque él estaba á la cabeza de aquella parcialidad. Los grandes y los nobles iban á besar la mano de la que un tiempo fué su reina. Benavente iba además á besar la mano de una muger hermosa que amaba, y de quien era correspondido.

Doña Beatriz era joven, viuda; si bien no era una hermosura de su tiempo, era agraciada, y mientras estuvo en el trono esposa de don Juan el I, su beldad

y hermosura fué el objeto de las trovas y cantigas de los mas excelentes trovadores, que todas las mugeres son hermosas miradas sobre un trono, y solo se descubren gracias y encantos en ellas, porque una corona encubre las mas marcadas imperfecciones.

Doña Beatriz, hija del rey don Fernando de Portugal, debió haber heredado la corona de su padre á su muerte. Con esta esperanza se casó con ella el rey de Castilla Juan I que se hallaba viudo y con dos hijos, el uno el rey don Enrique para cuya libertad se habían confederado algunos grandes y prelados, y el otro su hermano, el infante don Fernando.

Doña Beatriz se había casado con don Juan como se casaban entonces, como se casan ahora los reyes, sin haberse visto ni amarse. Muerto su padre, los portugueses que aborrecen de muerte á los castellanos, rehusaron un rey de Castilla. Apelo este á la única razon que hay para sostener con éxito esta clase de litigios, á las armas. El rey de Castilla invadió el Portugal, talando los campos, destruyendolas ciudades. Los portugueses alzaron por rey á don Juan Avis, maestre de esta orden, derrotaron completamente á los castellanos en la célebre batalla de Aljubarrota penetrando en Castilla, haciéndoles firmar una paz humillante.

Don Juan enfermo miraba con desvío ya, viendo frustrado el alcanzar la corona de Portugal, á Beatriz que había perdido la herencia de su padre, que poco despues con su muerte perdió el trono tambien de Castilla, quedando sola sin hijos con quien consolarse en sus infortunios, sin una patria á donde volver, porque su permanencia en Portugal era un motivo de alarma para don Juan de Avis que le había usurpado la corona. Reina sin trono, de dos que le había destinado la suerte, estrangera en Castilla, viuda joven sin hijos, su corazón escuchó el lenguaje del amor que le hablaba quiza por la vez primera uno de los hombres mas gentiles de la época, uno de los ricos hombres mas distinguidos de Castilla, el poderoso duque de Benavente.

II.

Don Pedro de Trastámara, primo hermano del difunto rey don Juan el I, había quedado dueño de la regencia despues que el arzobispo de Toledo y el duque de Benavente abandonaron á Madrid y se retiraron á sus ciudades, indignados de que para hacer prevalecer su dictamen los hubiese aprisionado un día entero poniendo cerco á la iglesia de San Miguel, donde se reunía el consejo de la Gobernación.

Bien conocía que el arzobispo de Toledo acostumbrado á mandar el reino en el tiempo de Juan I, no se avendría fácilmente á dejarle en pacífica posesión del gobierno. Acostumbrado á conducir los ejércitos castellanos en los días de peligros y de combates, el arzobispo lo mismo manejaba la espada que el báculo pastoral, y muchas veces los tercios castellanos le habían visto combatir á su cabeza, ya en los muros de Cillorico, ya en Coimbra, ya en la desgraciada batalla de Aljubarrota.

No le inspiró al pronto temor alguno viéndole retirado en Alcalá y en Illescas, y visitar su arzobispado con celo apostólico.

El duque de Benavente se había retirado á la ciudad de su título, y aunque menos reservado que el arzobispo, y orgulloso como jóven y rico-hombre amenazaba públicamente á Trastámara, este despreciaba sus amenazas; y sojuzgado ya los regentes acalló con dádivas y gracias á los descontentos y creyó su dominación segura.

El arzobispo en tanto empleó su tiempo en ponerse en comunicacion con los demas prelados del reino, concertóse con el de Benavente, llamó en su auxilio al marqués de Villena, que por hallarse en Aragon era hasta

entonces neutral en las cuestiones de gobierno, y formó la confederación que públicamente había alzado sus pendones en Toledo, Palencia, Mayorga y otros puntos.

Don Pedro de Trastámara que vió formarse sobre su cabeza la tempestad, que conocía el genio audaz y emprendedor del arzobispo don Pedro Tenorio, trató de oponer toda la resistencia posible á sus proyectos.

Castilla había hecho grandes esfuerzos dos años antes para la conquista de Portugal, cuya corona debió reunirse á don Juan por doña Beatriz. Su dinero, la flor de sus soldados se había consumido en esta campaña, sus esperanzas perecieron en la derrota de Aljubarrota. El tesoro real estaba exhausto, lo poco que existía en sus arcas lo había distribuido Trastámara para poder pagar á sus parciales, para comprar á los que intentaban oponerse y ponían precio á sus conciencias y convicciones.

El arzobispo de Toledo había hecho un llamamiento al clero; el papa Clemente VII, con la presencia de un legado, autorizaba la confederación, los obispos y los monges ofrecían donativos de sus rentas, escitaban á los nobles y plebeyos á que lo hiciesen en proporcion á sus fortunas.

El regente Trastámara en la guerra anterior de Portugal, prestando mentidos agravios recibidos por el rey, había abandonado las tropas castellanas, y pasádose en Coimbra al lado de sus enemigos. Desde allí marchó á Francia, y un año despues el rey don Juan demasiado generoso, le perdonó su criminal traicion, pero conociéndole bien no quiso nombrarle por guardador de su hijo, y uno de los gobernadores del reino.

No se había olvidado aun en Castilla la defección de Trastámara. Para hacer frente á la nueva guerra que iba á encenderse, Trastámara recurrió á los judíos, algunos de estos habían contratado prestarle sumas inmensas.

Los judíos eran sumamente aborrecidos en Castilla. El tráfico y el comercio estaba esclusivamente en sus manos; eran ricos, poderosos, pero el último y mas pobre castellano hubiera desdeñado su trato rehusando su amistad. Llegaba á tal punto el rencor que les profesaban los pueblos, que se veían precisados los reyes á mandarlos vivir en las villas y ciudades en barrios y cuarteles separados, que se llamaban *Aljamas* ó *Juderías*, que hasta hoy han conservado este nombre.

Hicieron cundir diestramente el arzobispo y los principales gefes de la confederación, que Trastámara y los gobernadores devotos á él, habían recurrido á los judíos, que estos abrían sus arcas venciendo su natural avaricia á cambio de privilegios y franquicias que habían de concedérseles, y aun se susurraba que algunos judíos llevaban sus pretensiones hasta el extremo de pedir para los de su raza abominable alguna villa donde fijarse exclusivamente; que algunos otros habían obtenido honores y empleos públicos.

Un incidente casual acabó de deslumbrar al pueblo sobre la protección y favores que la regencia dispensaba á los judíos, pretexto que tan hábil y ventajosamente explotaron para su empresa el arzobispo y el de Benavente.

Un pechero de Sevilla había insultado y maltratado á unos indefensos y pacíficos judíos. El conde de Niebla que era adelantado mayor de aquella ciudad y Alvaro Perez alguacil mayor de la misma, mandaron dar doscientos azotes al culpable, pero el pueblo para quien no era crimen ni el mal trato ni la muerte de los judíos, perdió el respeto á la justicia, arrebató el rey, lo condujo en triunfo á la catedral, intentó matar al conde y alguacil, que debieron su salvación á una pronta fuga, y atacaron las Aljamas de Sevilla donde moraban los descendientes de Judá.

Trastámara y el consejo de los gobernadores quisieron oponerse á tanto desacato. Los judíos de todas las

ciudades de Castilla imploraban el amparo de su rey.

Entonces se nombraron varios caballeros que con título de priores pasasen á Sevilla y las ciudades donde mas amenazados se hallaban los judíos, y declararon por loco al arcediano, á cuyas instigaciones se debía la fermentación de los ánimos contra ellos.

No necesitó la plebe, siempre ligera en sus juicios y turbulenta en el obrar, de mas prueba de la alianza de los gobernadores del reino con los judíos.

El arcediano de Ecija, Hernán Nuñez, de quien dice el Burgense que era mas santo que sabio, y á quien vimos entre los confederados el día de la ratificación del pacto de alianza en Toledo, recorría las ciudades, los pueblos, las aldeas y los campos. Su crédito en la plebe era inmenso, el fruto de su predicación grande.

Cuando había reunido en derredor de sí un cierto número de vasallos elegía por tribuna una piedra, un fragmento de roca y en medio de los campos y las plazas arengaba á la multitud, pues los prelados por un resto de homenaje á la caridad ó por un exceso de cautela y precaución por la incertidumbre que lleva consigo el éxito de toda revuelta, no le permitían predicar en los templos.

Su palabra enardecía los ánimos, vibraba en el corazón de sus oyentes. Otros eclesiásticos proseguían en varios puntos fanatizando las masas, y una causa política, unida al odio de religion, causó la explosión que los parciales de la liga habían preparado hábilmente para privar al regente Trastámara de los recursos con que contaba para batirlos. El día 5 de agosto de 1392, en Toledo, Logroño, Barcelona, Valencia, Sevilla y Córdoba, el pueblo casi á la misma hora, penetró en las Aljamas de los judíos, y con la espada en la mano, é invocando el sacrosanto nombre de Jesus, entró en las casas donde dormían los judíos: todo lo asesinaron; hombres, mugeres, niños, como los israelitas mismos hicieron en otro tiempo al entrar en la tierra de Promisión, y arrojaron por las ventanas los cadáveres á fin de que se pudiese reconocer los pocos que habían escapado á tan cruel carnicería, á que precedió el mas completo pillage. Sevilla se distinguió entre tanto horror.

Los confederados á pesar del gran golpe que habían dado destruyendo á los judíos, de donde sacaba sus principales recursos el regente Trastámara, no adelantaban en su causa, y hubieran tardado mucho en obtener el triunfo, si don Sancho, conde de Alburquerque, el mas rico y poderoso hombre de aquella época, no hubiera con sus parciales obligado á dejar la regencia á Trastámara haciéndole renunciar el poder y transigiendo tan serias desavenencias. Pactóse entonces que los regentes serían el duque de Benavente, á quien don Sancho amaba en extremo, el arzobispo de Toledo, el marqués de Villena, y se acordó tambien que la hija de Alburquerque, doña Leonor, joven de diez y seis años, á quien las crónicas de aquel tiempo llamaban la rica hembra por sus inmensas riquezas, se casaría con el rey don Enrique á su mayor edad, y estos pactos fueron mirados como verdaderos esponsales. Así terminó la guerra civil. Los nuevos regentes dominaron todo, se repartieron entre sí el reino, y la tiranía que antes ejerciera Trastámara y los suyos la ejercieron Benavente, el arzobispo y Villena: el rey estaba en opresora tutela, y el reino desatendido. La historia de un rey menor la escribe el pueblo con sangre. Tal era el estado de Castilla al verificarse los acontecimientos que vamos á describir.

III.

Era apenas de día en Burgos cuando Nuño Guzman creyendo oír ruido en el jardín de la casa de don Sancho conde de Alburquerque, abrió la pesada berja de hierro que daba comunicacion desde las habitaciones al jardín,

y procurando despertar como de un pesado ensueño decía para sí:

—Me ha parecido que he oído gentes en el jardín, y á la verdad que es muy extraño tan temprano. Hun! Hun! Hun! que vendrá á ser esto?

Apenas había dado unos cuantos pasos cuando reparó que un hombre envuelto en su ancha capa, bajaba cautelosamente de uno de los balcones, y no consultando ni á los años ni á sus débiles fuerzas, si no á la lealtad que tenía á su buen amo, se interpuso á su paso procurando detenerle. El hombre sin desembozarse le dijo á media voz:

—Déjame pasar ó te mato.

Quiso el fiel criado asirle de la capa; pero hubo de soltarle mal de su grado, porque en aquel mismo momento se sintió herido en un brazo y el hombre huyó precipitadamente.

—Ladrones! ladrones! socorro! socorro! que me matan! gritó el pobre Nuño, y á sus voces salió á medio vestir don Juan de Henestrosa, secretario del conde don Sancho de Albuquerque.

—Qué diablos sucede? Nuño porque gritas tanto?

—Hay un ladrón en el jardín de palacio.

—Calla loco! sin duda te habrás emborrachado.

—Se ha descolgado del balcón del aposento de doña Leonor, de su mismo balcón lo he visto bajar, y por mas señas, vive Dios! que me ha dado un terrible golpe con su daga.

—Es cosa de risa lo que dices? apenas tienes rasgado tu gaban.... A que viene la invención de ese cuento! A quien diablos quieres tú haber visto bajar del balcón de doña Leonor á estas horas? Eres muy tonto, sabes tú que si le cuentas eso al conde nuestro amo te matará?

—Lo he visto, como os estoy viendo á vos ahora mismo.

—Vamos, tu has empinado el codo esta noche, y ves visiones.

—Visiones, no, pardiez, solo he visto un hombre!

—A que alborotar tan temprano esta parte del palacio? No consideras que puede venir mucha gente de un momento á otro? Te han pagado para inventar este cuento sobre la conducta de nuestra buena ama la prometida esposa del rey. Gritas ladrones y pretendes haber visto bajar á un hombre del balcón de su aposento. O estas loco ó alguien te ha pagado. Di, responde.

—Dios mío! pagado yo, pagado yo! Le he visto, de veras, os lo repito, le he visto. Qué queréis que os diga ni que haga? si le he visto.

—Escucha Nuño, le dijo Henestrosa dándole una bolsa, toma, tal vez será menos pesada que la que te han dado por inventar ese cuento. Ve á beber á mi salud. Sabes que soy un fiel servidor de nuestro amo, no soy un ladrón, ni voy á la parte con el ladrón que tú crees ha entrado á robarle. Oyeme bien, Nuño. De cuanto has visto ó crees haber visto guárdate bien de hablar ni una sola palabra. Hay secretos que como el veneno quiebran el cristal que los contiene. Olvidalo todo, y silencio! Ahora vete á descansar!

El pobre Nuño se desesperaba al ver que no era creído; y al obedecer el mandato del secretario de su amo marchaba aun murmurando descontento. —Pero si lo he visto, lo juro por mi cabeza, por la de mi difunto padre; lo he visto... lo he visto...

Apenas se había retirado Nuño, don Juan de Henestrosa adelantándose hacia el jardín llamó, aunque en voz algun tanto baja — Señor! señor!

El duque de Benavente salió entonces de entre un bosque de laureles que cubría un hermoso cenador, y á donde se había refugiado al verse descubierto por el criado de don Sancho.

—Que imprudencia, le dijo Henestrosa, han podido descubrirlos.

El duque de Benavente lejos de manifestar en su rostro la alteración y el terror de un hombre sorprendido, dejaba ver en su semblante marcadas señales de contento y satisfacción.

—Me ama! Henestrosa! me ama, respondió. Qué vas á decirme? soy el hombre mas feliz de Castilla, mírame bien, no ves brillar el contento en mi rostro? Me ama!

—Y ese hombre que os sorprende? En que pensábais señor? y el conde de Albuquerque, y el rey?

—Qué se yo? tal vez soy culpable, tendrás razón, pero mañana pensaremos en eso: un día mas aun, déjame ser feliz, tal vez me habrá engañado, tal vez su pasión es un capricho frívolo, pasajero y nada mas, pero déjame ser hoy feliz.

Henestrosa cruzando los brazos, y mirando compasivamente al duque le dijo en tono lento, severo y pausado:

—Nada mas! y quebráis como una ligera y frágil caña el vínculo de amistad que os une á Albuquerque hace mas de veinte años, y salís furtivamente del aposento de su hija. Podéis ser culpable?... y las cortinas que habeis descorrido para salir aun se ven agitadas en torno de ella... y el hombre que os ha visto salir gritaba, al asesino!

—Ah! Henestrosa. Qué bella es Leonor!

—Olvidais que es la prometida esposa del rey, que....

—Si supieras que region he habitado! como el solo acento de su voz hace hervir en mi toda mi sangre, cuan interesantes son sus lágrimas, cuan bella, cuan tierna, cuan espresiva! Oh Dios mío! No hay mas sublime altar que el de la felicidad. Si pudiese mi alegría subir hasta ti como el incienso hasta el cielo! El amor es el ángel mas bello: despues de la gran obra de la creación no quiso abandonar la tierra, y mientras sus hermanos volaron todos al cielo él dejó caer sus alas de oro convertidas en polvo á los pies de la beldad que habia creado.

—En otra ocasión os hablare, señor! Dentro de un instante van á llenarse estos salones de los cortesanos que vienen á obsequiar al conde, él pondrá como vos sus manos sobre su rostro, pero no serán lágrimas de alegría las que oculte.

—Cuando pienso en la agitación de mi vida, hace quince años, vida que en las mas terribles alternativas he pasado errante como un espectro sin sepultura, ya prófugo y refugiado en Benavente huyendo la cólera de Trastámara, disputando la regencia del rey niño, Enrique: ya dueño de Castilla hoy, sin mas obstáculo para subir al trono que el fantasma de ese rey niño y enfermizo; cuando abro los brazos y veo pasar las sombras de las mugeres que he poseído, mis placeres, mis penas, mis esperanzas, Ah! amigo mío toda ilusión se ha aniquilado, todo cuanto fermentaba en mi corazón se ha reunido en un solo pensamiento: amarla. Así mil insectos esparcidos en el polvo se concentran en un rayo del sol.

Viendo Henestrosa que en la exaltación en que se hallaba Benavente toda reflexión era inútil, se limitó á calmarle diciéndole:

—Que queréis que os diga? de que servirían mis palabras, cuando ya llegan despues de los sucesos? Un amor como el vuestro no puede tener amigos.

—Qué es lo que hasta el presente ha abrigado mi corazón? ambición, sed de mando y de gloria, amor á los peligros. Por la fuerza de mi brazo y de mi audacia he me ocupando las gradas del trono, sosteniendo el cetro que las débiles manos de un niño no pueden empuñar, pero mi alma guardaba aun un hambre celeste de un bien supremo. He arrojado de mi corazón, como Cristo á los vendedores del atrio del templo, todas mis pasiones. Conozco que no he amado hasta ahora, mi corazón no servía para nada hasta que ha sido todo de ella.

—No puedo explicaros, señor, lo que yo siento. Os veo feliz, pero no amo yo también al conde cuya confianza me dispensa, y á que por serviros tan mal correspondo?

—Ahora que Leonor es toda mía, que he visto inclinarse sus amorosos ojos lánguidamente sobre mí, que mi nombre ha espirado entre sus labios embriagados de placer, qué hombre puede compararse conmigo? Cual es el mortal que no ha visto en la tierra aparecérselle cien veces en su sueño un ser adorado, hecho espresamente para él, que no debía vivir sin por él? Pues bien, aun cuando por un solo día nada mas yo debiera haber encontrado ese ser, estrecharle en mis brazos y morir luego, estoy contento!

—Me espanta, señor, vuestra felicidad! Que el conde lo ignore, que el rey no llegue á sospecharlo!

—Qué quieres decir? crees tú que yo la he seducido? que ella ha reflexionado? Hace dos años la veía todos los días en casa de su padre que la guarda, como el avaro á su tesoro, yo la hablo y ella me responde, la hago una seña y me comprende. Con qué derecho no sería mía?

—Con qué derecho? preguntó Henestrosa, pero Benavente que creyó oír en esta pregunta una amarga y cruel reconvencción á su conducta desleal, tomando un tono severo le interrumpió.

—Silencio! Yo amo y soy amado, no quiero analizar ni saber mas. Los niños solo son felices que cogen una fruta, la llegan á sus labios, sin pensar en mas de que les agrada, y que está al alcance de su mano.

—Señor si estubieseis aquí en el lugar en que yo estoy, y si os juzgaseis á vos mismo! qué diría mañana el hombre al niño?

—No, no! Es una orgia de donde salgo para que el aire de la mañana refresque mi rostro? La embriaguez del amor no es una bacanal para que se disipe con la noche! Tú Henestrosa, cuanto tiempo no me has visto amarla? Que has tenido que decirme, hasta ahora tú que has permanecido mudo, tú que has visto durante dos años cada latido de mi corazón, cada minuto de mi vida desprenderse de mí para unirse á ella? y hoy soy culpable por que soy feliz? Qué me diras tú además que no me haya ya cien veces dicho á mí mismo? Todas las reconvencciones posibles me he hecho yo á mí mismo y sin embargo soy feliz! Qué debo mi elevación al conde! que trato de amores con la reyna viuda doña Beatriz, pero amores que sostiene la ambición y que considero como un medio de gobierno; que la hija del conde es la prometida esposa del rey, y que se yo que mas. Los remordimientos, la venganza terrible, el triste y mudo dolor: todos estos espectros horrendos han venido á presentarse al umbral de la puerta del aposento de Leonor. Ninguno pudo permanecer en pie en presencia del amor de Leonor. Silencio! ven conmigo á mi aposento hacia esta parte del palacio. Siento el rumor de las gentes que ya se han levantado. Despues vendrán los cortesanos que se preparan á adular y rodear al conde, y á captarse la benevolencia del padre de la futura reyna de Castilla. Ah! jamás! jamás!

Henestrosa se dirigió con el duque de Benavente hasta dejarle en su aposento donde se encerro para dar suelta á sus amorosos pensamientos.

El duque de Benavente vivía en una de las alas del magnífico palacio de don Sancho, que lo habia mirado como su propio hijo desde muy niño, y que habia sido el amigo, el compañero de armas de su padre. El anciano y opulento conde de Alburquerque dividía todas sus afecciones entre su hija doña Leonor, y el jóven Benavente, á quien su poderosa mediación habia colocado en la regencia del reino.

Pocas horas despues los salones del conde don Sancho se hallaban llenos de cortesanos que venían á hacerle la corte, porque preveían que en el estado enfermizo en que se hallaba el rey don Enrique á quien por las

enfermedades que de continuo le aquejaban llamaban *el Doliente*, nombre que aun hoy le ha conservado la historia, la corona de Castilla descansaría enteramente en las sienes de su hija cuyo matrimonio estaba concertado. El rey se hallaba casi siempre solo ocupado en la caza, ejercicio á que era muy aficionado, y descuidado de todos los cortesanos que asistían asidua y constantemente al lado de los regentes, porque de ellos y no del rey emanaban las gracias y los favores. El conde don Sancho, al contrario de estos seres miserables, acompañaba diariamente al rey, que con escaso séquito recorría los campos cazando, cuando sus dolencias habituales se lo permitían.

Murmuraban los cortesanos en voz baja y en corrillos mientras aguardaban la salida del conde don Sancho, ya del mismo á quien iban á adular, ya de los regentes, y aun del mismo rey por el estado de nulidad á que mas que sus enfermedades le habia reducido la ambición y avaricia de sus tutores y regentes; cuando un page abrió la puerta y se presentó el conde don Sancho, hombre de edad madura, y rostro venerable. Saludó cortes y afablemente á los nobles que allí le aguardaban, y dirigiéndose á ellos les dijo:

—El rey marchará como siempre hoy á caza, y yo voy á acompañarle, mucho placer tendria en que vosotros me siguiésteis dándole esta muestra de deferencia.

—Yo tengo que ir á casa del arzobispo regente, respondió uno tartamudeando casi en voz baja.

—Yo estoy citado por el regente, marqués de Villena, respondió otro escusándose.

—Yo por el regente don Juan Manrique.

—Yo por el regente conde de Niebla.

—Tengo que arreglar un negocio grave con el regente don Pedro Mendoza, mayor domo mayor.

Ninguno de los aduladores cortesanos correspondió á la invitación de don Sancho, quien lanzándoles una mirada de desdén se dirigió á su secretario don Juan de Henestrosa ordenándole que lo dispusiese todo para salir á caza.

Uno de los cortesanos prescindiendo del mal humor que se descubría en el semblante del conde, se llegó á él para preguntarle qué habia de nuevo esta mañana.

—Siempre, contestó el conde con acento adusto, siempre deseais novedades! Todo es nuevo hoy, la verdura del campo, el sol, las flores; todo será igualmente nuevo mañana. Solo el hombre se hace viejo cada vez mas á medida de que se va cada día haciendo nuevo cuanto hay á su alrededor.

—Os lo preguntábamos, replicó otro de los cortesanos porque no habíamos tenido el gusto de ver á vuestro lado á don Fadrique, el duque de Benavente, á quien aquí acostumbraos diariamente á rendir nuestros homenajes.

Sobresaltóse al oír esta observación el conde don Sancho, y dirigiéndose con inquietud á Henestrosa le preguntó.

Y bien, mi querido Henestrosa, no viene don Fadrique hoy?

—Creo que no venga, contestó algo turbado el secretario, esta malo.

—Mal! dijo cada vez mas alterado don Sancho, le he visto ayer noche y no lo estaba. Es cosa de gravedad? responde pronto. Voy á su aposento, Henestrosa, que podrá tener? Todos los cortesanos se disponían inmediatamente á marchar á hacerse presentes en casa de don Fadrique, murmurando en su interior al mismo tiempo que aparentaban tan gran cuidado por la salud del regente. Si nos viésemos libres de este ambicioso! Que no cargase Satanás con su alma!

Henestrosa los detuvo diciéndoles:

—No os molesteis! señores míos: don Fadrique n...

quiere recibir á nadie. Se ha encerrado en su cuarto por todo el día.

—Encerrado é invisible para todo el mundo estará, dijo don Sancho, pero no para mí.

—Quiere estar absolutamente solo, contestó Henestrosa.

—Solo y enfermo! replicó con ansiedad el conde, me asustas. Le ha sucedido acaso algo? una disputa? un duelo quizás? como es tan violento! Ah Dios mío! No tiene hoy nada que decirme: está herido, no es verdad? Perdonadme añadió despues volviéndose á los cortesanos, pero sabéis que es mi mejor amigo, que lo he amado desde su infancia, que lo amo á la par de mi hija.

—Tranquilizáos, no le ha sucedido nada, es tan solo... una ligera fiebre, mañana lo vereis.

—Quiéralo Dios! Ah! quiéralo Dios! cuánto he trabajado por la conservacion de una vida tan cara! En estos tiempos de revueltas civiles todo lo he sacrificado á su ventura. Proscrito por Trastámara puse en sus manos todo mi caudal, armé todos mis vasallos por su parcialidad, y al verlo uno de los regentes del reino goza tanto mi corazon como con la esperanza de ver un día sentada en el trono de Castilla á mi Leonor, mi vida, mi tesoro, tesoro tan grande que lo han juzgado digno de un rey.

El escudero Nuño Guzman, entró á avisar al conde que los caballos y su gente se hallaban prontos para marchar á la caza. Despidiéronse los nobles del conde don Sancho, y dirigieron á casa de los diversos regentes, segun los intereses diversos que los animaban.

El conde despues de haberse asegurado nuevamente por Henestrosa de que no era grave la indisposicion de don Fadrique, y haber encargado al secretario le dijese que iria á verle á la vuelta de la caza, por ser mucho plazo para su afecto el dilatarlo hasta el día siguiente, se quedó solo con su fiel escudero Nuño Guzman, el que mientras preparaba las armas y atavíos de caza del conde murmuraba entre dientes:

—Lo he visto bien...! Y que interés tendria él en decir lo contrario?... sin embargo preciso es que lo haya, pues que me han dado.... y al mismo tiempo agitaba contando en su bolsillo unas monedas, cuatro... cinco... seis... Diablos! Aquí hay misterio.... cállate me ha dicho, pero yo rebiento si no hablo....

El conde que acabó de vestirse para la caza, mirando á su escudero que se hallaba muy entretenido en sus reflexiones le gritó:

—Nuño, mi lanza!

Acercóse el escudero á ponerla en la mano de su señor, mas reparó este que Nuño contra su costumbre, le alargaba las armas con la mano izquierda.

—Qué tienes? que al darme hoy la lanza y mi tabard de caza no te sirves de la mano derecha?

—De mi mano.... repuso el escudero. Bien me sé yo lo que es. Con perdon de vuestra señoría es que tengo el brazo derecho un poco herido, oh! no es gran cosa por cierto, pero pardiez ya me voy haciendo viejo. En mi tiempo.... ya le hubiera yo dicho....

—Que estás diciendo? que estas herido.... y por quien?

—Ahí está el busilis, el *quid* de la dificultad, que dice el capellan. Quién?... Nadie, y sin embargo estoy herido. No es decir esto que pueda quejarme en conciencia..

—Tal vez tú mismo involuntariamente!...

—No por cierto, señor, y á que fin?

—Si tienes ganas de hacer el bufon, le dijo en tono desabrido el conde, te advierto que has escogido mala ocasion. Marchemos, y al mismo instante comenzó á dirigirse hacia la puerta del salon.

—Si, si, de hacer el bufon setrata, y de haceros reir! Bien poca gana de reir tenía yo por cierto esta mañana cuando me dió esta cuchillada al echar á correr....

—Quién? quien te dió esa cuchillada? replicó vivamente, volviendo á entrar en el salon don Sancho. Tus palabras, Nuño, ocultan un misterio extraordinario!

—Escuchad, sois mi amo, y digan lo que quieran, debéis de saber lo que pasa en vuestra casa. Ved aquí punto por punto mi historia. Oí yo pasos esta mañana, muy de mañana, en el jardín, porque los viejos, señor, dormimos poco; me levanto, y veo bajar muy poquito á poco del balcon un hombre embozado en su capa.

—De que balcon? le preguntó interrumpiéndole con la mayor agitacion, don Sancho.

—Un hombre embozado, continuó Nuño sin cuidarse de la pregunta, un hombre á quien le grito que se detenga, creí naturalmente que era un ladrón, y en lugar de detenerse.... trás! ved aquí mi brazo herido ligeramente por su daga.

—De que balcon, Nuño? repitió convulsivamente don Sancho agarrándole del brazo.

—Toma! todavia estamos ahí! pues que he empezado á desembuchar, contaré todo. Era del balcon de doña Leonor.

—De doña Leonor! de mi hija! exclamó el anciano y soltando el brazo de Nuño ocultó con ambas manos su rostro como un hombre que acaba de comprender una idea terrible.

—El hombre echó á correr, prosiguió el escudero, por el parque; yo grité, al ladrón! al ladrón! y nada mas, llegó don Juan de Henestrosa, me dijo que me equivocaba, que él lo sabia mejor que yo, y por último me dió un bolsillo para que me callase.

—Henestrosa? dijo el conde mirando severamente á Nuño.

—Sí señor, y por mas señas que aquí está el bolsillo y no es flojo por vida de....

—Del balcon de doña Leonor! Ha visto Henestrosa, á ese hombre? preguntó con ansiedad don Sancho.

—No señor, acudió Henestrosa al jardín despues que yo habia gritado mucho.

Respiró el conde al oír esta respuesta y su corazon se dilató como libre de un enorme peso, y despues preguntó nuevamente á Nuño.

—Cómo era?

—Quién don Juan de Henestrosa?

—No, el otro.

—A fe mía no lo he visto.

—Alto ó bajo, gordo ó delgado?

—Ni lo uno, ni lo otro, y además era muy de mañana, y herido y sobresaltado....

—Es muy extraño! y dices que Henestrosa te ha prohibido hablar de esto?

—Bajo pena de ser despedido de vuestro servicio por vos mismo.

Pensativo quedó don Sancho con lo que acababa de saber, y despues de algunos instantes tomando una resolucion firme y decidida, llevándole á uno de los balcones que daban al jardín.

—Escucha, Nuño, le dijo, al anochecer á la hora en que todo quede en silencio en la casa te colocaras debajo de ese balcon, pero oculto, me entiendes? Tomarás una de mis mejores espadas, y si por ventura alguno intentase... me comprendes? llama en alta voz, no te dejes intimidar, yo estaré allí.

—Está muy bien, respondió el anciano escudero.

—Yo podria encargar á cualquier otro que á ti esta comision, pero ya ves, Nuño, yo creo saber lo que esto es, cosa de muy poca importancia, alguna chanza de algun jóven; al decir estas palabras intentaba dar á su rostro un aire indiferente y aun hizo asomar á sus labios una falsa sonrisa, pero el disimulo era imposible en la agitacion en que se hallaba su espíritu, y así es que dominando el verdadero sentimiento, añadió luego inquieto

—Viste el color de la capa?

—Negra, negra, ó al menos tal me pareció.

—Yo hablaré á don Fadrique, consultaré con él mi inquietud, decía para sí el desgraciado anciano y luego en voz alta repetía á Nuño: esta noche á las nueve, á las diez... á las doce, no tengas miedo alguno. No se trata de nada sério, has hecho perfectamente en decírmelo, no quisiera que otro mas que tú lo hubiera sabido y por eso te encargo... No viste su rostro?

—No, huyó mas ligero que un gamo, y luego..... la estocada.

—No habló ni una palabra?

—Ni una sola, pero pegaba y bien, todo fué obra de un instante. Mire vuestra señoría que no hemos de encontrar al rey en la cacería, añadió Nuño que intentaba sacar al conde de la distraccion en que cayó despues de haber respondido á su última pregunta.

—He mudado de resolucion, dijo el conde. Hoy no saldré de casa. No quiero tampoco ver á nadie. Tú debajo del balcon á la noche. Yame comprendes... y sobre todo silencio!

El conde se retiró á su aposento donde permaneció encerrado todo el dia, lleno de amargas y sensibles dudas, y el fiel escudero se preparó á cumplir el mandato terrible de su señor.

Doña Leonor permaneció tambien casi todo el dia sola, triste, abatida en su aposento, agitada aun por las violentas sensaciones de los sucesos de la noche última, en que el duque de Benavente asegurado de que era correspondido en su amor, habia osado presentarse en su aposento. Todos reposaban en silencio en el palacio de don Sancho, cuando un hombre envuelto en una ancha capa y con una linterna sorda en la mano llamó á la puerta del aposento de doña Leonor. La camarera creyendo tal vez que fuese su padre, abrió la puerta, y toda trémula y asustada al reconocer su error estaba á punto de desmayarse.

—¿Dónde está Leonor?

—Por el amor de Dios! qué venis á hacer aqui, don Fadrique? dijo la camarera que le habia reconocido, que era la confidente de los amores de su linda ama.

—Pero don Fadrique asiéndola fuertemente del brazo, donde está doña Leonor? la preguntó de nuevo.

—Tened piedad de ella, ved los peligros á que la esponéis.

—No esta allí? dijo don Fadrique señalando el aposento donde se hallaba en efecto. La camarera que en aquel momento no sabia lo que debia de hacer, le respondió que sí, don Fadrique dió dos ó tres pasos hacia la puerta, pero deteniéndose despues de repente como si hubiese cambiado de resolucion, dijo á la camarera:

—Entra tú y dila sin asustarla que aqui la aguardo, que me es indispensable hablarla. La camarera no podia huir, si gritaba llamando socorro hubiera comprometido á su señora, ó don Fadrique en su furor la hubiera ahogado. Entró pues en el aposento de su señora á quien encontró ya medio levantada, y que desde que la vió la preguntó toda asustada, porqué habia luz? quién estaba allí? y como sobrecogida la camarera tardaba en responder la gritó.—Cierra la puerta, cierra la puerta! Pero al mismo tiempo se oyeron en el cuarto estas palabras proferidas en voz baja:—Leonor no tengais miedo, soy yo, es vuestro Fadrique.

Pálida como la muerte, fria como el mármol, cayó desfallecida Leonor. La camarera creyéndola muerta se arrancaba los cabellos y lloraba desoladamente. Fadrique que por una respetuosa consideracion no se habia dejado ver hasta entonces, entró con la camarera llevando la linterna. Logró al fin la camarera hacerla volver en sí con poco trabajo, en tanto que don Fadrique la miraba con el mayor respeto, con la veneracion que á una virgen, sin haberse atrevido ni á tocarla un dedo.

—Estoy aqui, la dijo al verla recobrada de su desma-



yo, para cumplir mi palabra de casarme con vos, para llevaros conmigo, porque de otro modo nuestra union es imposible por los conciertos que sabeis median con el rey.

—Virgen santal exclamó la hermosa doña Leonor, sin poder proferir ni una sola palabra mas.

Don Fadrique entonces sonriéndose, pero con un tono de ansiedad

—Os parece poco galante, le dijo, el que os invite á abandonar vuestra casa para seguir la fortuna de un hombre que no puede ofreceros una corona.

—No me habeis así, respondió Leonor, no me digais eso porque me destrozais el corazon. Salid, salid de aqui, don Fadrique, porque si alguno llegase á veros, desgraciado de vos y de mí!

—Salir de aqui, replicó el conde de Benavente, no he arrojado, querida Leonor, tantos peligros para volverme como un niño, como un insensato.

—Pero si mi padre os sorprendiese aqui, repitió en ademán suplicante Leonor; qué seria de vos?

—Que seria de mí? Creéis que si yo no pensase en vuestro padre.....

Leonor temblaba.

—Marchemos: amigos y parciales míos nos acompañarán hasta Benavente, allí estareis en seguridad, allí recibireis de mí el anillo nupcial, y yo sabré romper los pactos, que disponiendo de vuestra persona han hecho contra vuestra voluntad. En tanto imagináos que vais con un hermano, que estais en un templo.

La camarera asiendo de los vestidos de su señora la decia al oído y en ademán suplicante:

—No, no; mirad, señora, lo que haceis.

Debió de notar don Fadrique los movimientos de la camarera, porque poniéndola la mano sobre la espalda la dijo con severidad, y un aire que la hizo estremecer:

—Vamos Blanca, déjala tranquila.

—Soltó la camarera los vestidos de su señora, y permaneció inmóvil como fascinada por la mirada de un basilisco.

Leonor que habia adquirido ya mas fuerzas

—Queréis, le dijo, tendiéndole sus manos suplicantes que yo me escape de la casa paterna, de noche, de esta manera, como una muger sin honor? que haga morir de dolor y de vergüenza á mi noble y anciano padre. Oh no! Fadrique, dejadme aqui, matadme mejor, estoy contenta muriendo á vuestras manos porque sabeis cuanto os amo.

Don Fadrique sin conmoverse, por toda respuesta la presentó la mano diciéndola con el mayor amor.

—Marchemos, pero viéndola dar un paso hacia atras

—No os queréis venir conmigo, la dijo, pues bien, sabed que yo no salgo de aqui sino en vuestra compañía.

Sentóse sobre un taburete, cruzó sus piernas la una sobre la otra, y cruzándose igualmente de brazos, tomó la actitud de un hombre decidido á no moverse de aquel sitio, y aguardar tranquilo lo que sobreviniese.

—Aguardaré hasta mañana prosiguió, necesariamente alguno vendrá y nos hallará aqui, quien sabe si será vuestro padre? Si quierais separar de él todo peligro porque yo por vuestro amor me siento capaz de olvidarlo todo, seguidme de buen grado, señora.

Terrible era la posicion de doña Leonor, el terror natural á las altas horas de la noche en que se hallaba en su aposento con un hombre á quien amaba y que exigia de ella el sacrificio de abandonar la casa paterna, el temor de causar con su fuga la muerte de su padre, á quien tambien amaba, el pesar de ver su mano ofrecida como prenda política por un partido á un rey niño enfermizo y que no miraba con afecto todo, hacia mas indecisa su situación.

Cuando Leonor vió que no habia recurso alguno

—Queréis perderme, dijo, os seguiré; las cortes por

asegurar al trono las inmensas riquezas de mi madre quieren ceñirme una corona, y no saben que esa corona abrasará mi frente? Porqué me encargan de la felicidad de otro, Dios mio? Cuando llegue el rey don Enrique á su mayor edad exijirán de mí que le entregue mi fe y mi corazon, y yo ya he dispuesto de él.

Una mirada del duque acabó de decidirla.

Arrodillóse un instante sobre un rico reclinatorio que tenia en su aposento, y delante de un pequeño crucifijo que tenia suspendido en la pared debajo de un elegante dosel de terciopelo.

—Dios mio, Dios mio! exclamó en voz baja con el mayor fervor, si tus brazos ensangrentados no estuvieran enclavados en la cruz, tú me los abririas y perdonarias mi amor. Castigareis á Fadrique por mi falta. Ah! él no es culpable, él no ha pronunciado ningun juramento en la tierra, él no ha faltado á su promesa, él no ha hecho mas que amar y ser amado. Ah, sí, amado cual yo no puedo amar á un niño que porque lleva una corona me han hecho jurarle amor, como si pudiesen mandarse las afecciones del corazon. Despues abrazando tiernamente á su camarera Blanca, que en vano queria enjugar las lágrimas que vertian los ojos de su afligida señora:

—Blanca, la dijo, mis lágrimas te afligen, hija mia. Es preciso que surquen mis mejillas. Crees tú que se puede renunciar sin sufrir al reposo, á la tranquilidad? Tú que lees en mi corazon como en el tuyo, tú para quien mi vida es un libro abierto cuyas páginas perfectamente conoces, crees tú que se puede ver desaparecer sin remordimiento la inocencia, la tranquilidad del alma? Dirás á mi padre.....

Los sollozos cortaron sus palabras. Don Fadrique la cogió de la mano, y ella le siguió con un aire de enagenacion como el que camina dormido. Apenas habian llegado cerca de la puerta del aposento, cuando helada de terror detúvose Leonor creyendo haber reconocido la voz de su anciano padre, y pasos de personas que subian por la escalera.

Detúvose tambien un momento don Fadrique y echándose prontamente hacia atras se dió una fuerte palmada en la frente exclamando:

—Ya no es tiempo!

En un abrir y cerrar de ojos echó el cerrojo de la puerta, sacó la daga y se puso en actitud de un hombre desesperado resuelto á defenderse. Leonor se hincó de rodillas á sus pies, y á su vista mudó instantáneamente de resolucion don Fadrique, quitóse un magnifico anillo, púsosele en el dedo á Leonor diciéndola con la mas tierna inquietud.

—Este será el signo de nuestra fe. Suceda lo que suceda sereis mi esposa. Huyo por no encontrarme con vuestro padre: mañana partiremos á Benavente. Si es preciso una nueva guerra en Castilla para asegurarme de vuestra posesion, arderá una nueva guerra civil..... Hasta mañana....

Aun estaba hablando don Fadrique cuando llamaron á la puerta del aposento de doña Leonor, don Fadrique abrió el balcon que daba al jardin y cuya elevacion era muy corta, y saltó en el suelo, hallando en su fuga al escudero Nuño, como han visto nuestros lectores.

Abrió Blanca al conde don Sancho que desvelado, y como si un vago presentimiento le agitase, habia querido venir á ver á su hija. Recibióle esta afectando haberse sobresaltado con la intempestiva hora de ver á su padre, fingiéndose alarmada por si habia algun peligro. Así el sobresalto que en su ánimo habian ocasionado las escenas de esta noche y que se descubria en su semblante sirvió para engañar al bondadoso anciano: que nada es mas fácil de burlar que el crédulo afecto de un padre.

III.

Largo, eterno se hizo el día que siguió á la noche de estas aventuras á Leonor, porque temblaba la llegada del instante en que iba á abandonar el techo paterno, y confiar su suerte á la merced de un amante, que si bien fuerte y poderoso, iba por ella á colocarse en hostilidad con el rey y los primeros ricos-hombres del reino: largo y eterno se hizo para don Fadrique, porque recelaba que el encuentro quietuvo con el escudero daría la alarma en el palacio de don Sancho y dificultaría el éxito de su empresa que tendría que acometer de frente quizás y á viva fuerza, y cuyo desenlace, á pesar de su poder como regente, era dudoso: y largo y eterno se hizo también para el anciano don Sancho que combinando el sobresalto en que había hallado á su hija cuando fué á visitarla en la noche anterior, con la relación de su fiel criado Nuño, fluctuaba entre mil dudas y veía amenazados de destruirse todos los planes fruto de los cálculos de toda su vida, y que aguardaba ver descubiertos á la llegada de la noche. Cansado de aguardar encerrado en su aposento, agitado de una violenta fiebre, hizo llamar ya cerca del anochecer á su aposento á su hija á quien sin embargo no se atrevía á reconvenir, porque el pundonoroso anciano aun dudaba y recelaba dar crédito á las aseveraciones de su escudero. Resolviose pues, á aguardar y á explorar su ánimo cautelosamente.

—Hija mía, no me aguardabas sin duda á esta hora, habrás extrañado que hoy no he salido á caza dejando solo al rey.... me sentía un poco indispuerto, deseaba hablarte... y...

Y al mismo tiempo hizo el conde una seña á la camarera Blanca que se alejó del aposento temblando, por si el conde era sabedor de los sucesos de la noche anterior.

Suspensa, helada quedó toda la sangre de Leonor en sus venas al oír que su padre deseaba hablarla á solas, creyó descubierta su proyectada fuga, pero recobró su ánimo cuando su padre con la mayor afabilidad continuó diciéndola:

—Sabes, Leonor mía, que desde la muerte de tu madre, tú eres mi solo consuelo sobre la tierra, que te he consagrado mi vida entera, que si he tomado parte en los disturbios que han agitado á Castilla ha sido para asegurar sobretus sienes una corona. Eres mi único tesoro, que si lo perdiese moriría de dolor, Leonor mía, avaro como anciano, aquí en medio del tumulto de la corte, apenas puedo estar á tu lado, apenas puedo hablarte, tengo celos hasta de los que te hablan, hasta de los que te miran.

Mientras el conde decía estas palabras á Leonor, que las escuchaba atentamente, y viendo en cada una de ellas la seguridad de que su padre ignoraba sus proyectos, llegóse á uno de los balcones, describió como para dar mejor entrada al fresco de la noche las celosías, y miró al jardín diciendo luego satisfecho entre sí:

—Nuño está allá bajo, lo veo.

El anciano conde púsose á conversar con su hija sobre los peligros de la corte, sobre el brillante porvenir que aguardaba á Leonor, procurando con escrutadora mirada penetrar en su corazón.

—Teneis algun motivo de tristeza, padre mio, decía esta al oír los acentos de su padre, estabais tan contento ayer mismo!

—La alegría es alguna vez triste, y la melancolía tiene la sonrisa en los labios. En la corte es menester mentir las sensaciones. Quisiera que fuésemos un poco de tiempo á habitar á nuestro castillo de Ubeda: allí el cielo es mas puro, mas alegre que en los áridos llanos de Castilla. A la mayoría del rey volveríamos, y entonces te encontraría mas embellecida por la ausencia y por las gracias que cada día vierte sobre tí á manos llenas la naturaleza...

En este instante oyóse en el jardín un grito sofocado y pasos precipitados.

—Que querrá decir este ruido? dijo el conde dirigiéndose al balcón del aposento para ver lo que había sucedido; pero en el mismo momento entró don Fadrique en el aposento de Leonor en el mas grande desorden y agitación.

—Qué tienes Fadrique, le dijo don Sancho, olvidando los cuidados que todo el día le aquejaban, qué te trae? Estabas enfermo y no te he visto en todo el día. Yo también: añadió luego dolorosamente he sufrido mucho. Que te ha sucedido? estas pálido.

—Dios mio! exclamó Leonor pudiendo apenas ponerse en pie.

—Respóndeme, que ocurre? has tenido alguna disputa? puedo servirte de padrino? hay alguna trama contra tu poder? los demas regentes se han rebelado contra tí? has perdido al juego? necesitas mi caudal, mi brazo, mis vasallos?

Al mismo tiempo le cogía la mano y redoblando su afecto le decía viendo que don Fadrique nada respondía: —A nombre del cielo habla: estás mudo, inmóvil como una estatua.

—No .. no, tartamudeó confundido don Fadrique al verse en presencia de don Sancho, venia... á hablaros de...

—Que has hecho de tu espada? continuó don Sancho sin reparar en la turbación de don Fadrique. Vive Dios que algun extraordinario suceso te ha ocurrido. Ven conmigo. No quieres hablar delante de mi hija. Vete, dijo volviéndose á doña Leonor. Algun negocio de estado... De que puedo servirte? responde; no habrá nada imposible en el mundo que no haga por tí. Mi amigo, mas que mi amigo aun, mi hijo, pues como tal siempre te quise, dudas de mí?

—Lo habeis adivinado, contestó don Fadrique mas repuesto ya. He tenido una disputa. No puedo hablar aquí: os buscaba, he entrado sin saber por que... me han dicho que estabais aquí y venia... no puedo hablar aquí.

Don Sancho que vió que su hija aun no había salido de la estancia y que se hallaba inmóvil junto á un sillón, de pie cerca de la puerta, la hizo seña de que los dejase.

Sola, y casi exánime y desfallecida salió del aposento.

En aquel mismo punto entraron varios criados de don Sancho asustados y gritando:

—Señor! señor! Nuño ha sido asesinado!

—Quién lo dice? gritó don Sancho!

—Señor, replicó uno de los criados, acaban de asesinar á Nuño: el asesino debe estar dentro de la casa, lo han visto entrar por la poterna.

Don Fadrique permaneció inmóvil entre la multitud de los criados.

—Armas! armas! gritó don Sancho, venid conmigo, recorred todas las estancias y cerrad las puertas por dentro.

—No puede estar lejos, decía otro de los criados, acaba de dar el golpe.

—Ha muerto Nuño? ha muerto? Dónde está mi espada, ah, una hay colgada en la pared.

Al tiempo de ir á descolgar la espada reparó una mancha en su mano, y exclamó:

—Vive Dios! que esto es singular. Mi mano está llena de sangre. De donde me vendrá á mí esta sangre?

—Venid con nosotros, señor, repetían instándole los criados, os respondemos de encontrar al asesino.

—De donde me viene á mí esta sangre? decía horrorizado el conde, mi mano está cubierta de ella! A quien he tocado yo? Yo no he tocado sin embargo mas... que ahora mismo... y despues como un hombre que encuentra una idea horrible, Alejaos vosotros, gritó á los criados, despejad!

—¿Qué teneis, señor? replicaron algunos criados llenos de lealtad.

—Despejad, despejad, dejádmelo solo. Está bien, que no se haga ninguna pesquisa, ninguna, es inútil. Lo prohibo. Salid de aquí todos, todos; obedeced, yo os lo mando.

Murmurando de la repentina mudanza en las resoluciones de su señor, salieron los criados comentando cada cual según su inteligencia tan extraordinario suceso.

El conde en tanto, absorto, fijo, preocupado en una sola idea, mirando su mano decía:

—Llena de sangre! yo no he tocado mas que la mano de Fadrique!

Fadrique esperaba en tanto el desenlace de este fatal incidente. Inmóvil, con los brazos cruzados, la vista fija en don Sancho, aguardaba las primeras palabras de este.

Así que don Sancho vió que todas sus gentes habian salido de la estancia, lanzando una mirada de altivo desprecio á don Fadrique

—Estamos solos? le dijo.

—Solos, contestó con firmeza este.

Dirigióse á él don Sancho con la espada que aun tenia en la mano. —Ves esta espada, Fadrique? Si ahora yo te tendiese muerto á mis pies con mi propia mano, si te biciese enterrar por mis criados al pie del árbol, en esa arena donde aun se vé tu sombra, nada tendria el mundo que decir, tengo derecho á ello, tu vida me pertenece.

—Podeis hacerlo, podeis hacerlo, señor! replicó confundido el duque de Benavente.

—Crees que temblaria mi mano? tanto como la tuya hace un momento al traspasar el pecho de mi anciano y fiel Nuño. Tú lo ves, yo lo sé, tú me lo has asesinado. Qué aguardas ahora? Piensas que soy un cobarde, que los años han debilitado tanto mi diestra que no pueda sostener una espada? Estas dispuesto á batirme conmigo? No es ese mi deber y el tuyo?

—Haced lo que querais, yo no puedo batirme con vos, contestó don Fadrique.

—Sientate y escucha! Nací noble como un rey: las riquezas que aportó mi muger en dote me han hecho el mas poderoso rico-hombre de Castilla; son la dote de mi Leonor, á quien llaman por eso la rica-fembra, y que las córtés han destinado á ser la esposa de Enrique enfermo y niño, y si, Dios no lo permita, faltase él, de su hermano el infante don Fernando; sabes tú que el llegar á conseguir este acuerdo, ha sido la obra de mi vida entera? Mi salud está débil, cansada con los años, y el temor de ver frustrado este porvenir brillante me hace temblar como la hoja al viento de peste que sopla del Oriente. Sabes que la vida me es menos querida que mi Leonor, que me he arrojado al través de las contiendas civiles, que he disipado parte de mis inmensas riquezas por verla sentada un día en el trono de Castilla? Que la amo con un amor indefinible, que por ella he luchado empuñando las armas, que hubiera cabado la tierra y regido el arado con mi mano por añadir una perla mas á sus cabellos? Que mi alegría está en la sonrisa de sus labios, mi vida, en su felicidad? Ves Fadrique este anciano débil que has visto figurar en las contiendas políticas hace diez años? al contemplar á su hija era un otro don Sancho lleno de entusiasmo, feliz, sin cuidados, libre é independiente como el aire, alegre como el pájaro del cielo. El ángel de don Sancho, el alma de este cuerpo sin vida que se agita en medio de los hombres, sabes tú Fadrique lo que has hecho de él?

—Sí, don Sancho, sí!

—Lo has muerto, Fadrique, mañana irá á reposar en la fúnebre losa con los restos del viejo Nuño, el otro vive aun y es el que te habla aquí.

—Señor, señor! exclamó visiblemente enternecido Benavente.

—Lloras por mí, ó por tí? Un favor, una gracia tengo que pedirte. Merced al cielo no ha habido escándalo esta noche aun. Merced al cielo, yo he visto caer el rayo sobre un edificio que me costó quince años levantar, y lo he visto caer sin proferir una queja, sin lanzar un grito. Si el deshonor fuese público nos batiríamos, y si persistias, por reputarme demasiado débil en no defenderte, te hubiera muerto. Por precio de la felicidad robada concede al ofendido el mundo, la venganza, y el derecho de servirse de ella debe reemplazar á cuanto perdió! Hé aquí la justicia de los hombres! Y aun así no es seguro de que tu muerte por mi mano no les inspirase compasión!

—¿Qué queréis de mí?

—Si has comprendido mi pensamiento, conocerás que no he visto aquí ni un crimen odioso, ni una santa amistad vilmente helada, he visto solo un golpe cruel dado al solo vínculo que me reúne á la vida, has cortado en flor todo el fruto de los anhelos del porvenir. No quiero pensar en la mano de donde me ha venido, no quiero recordarte que te tengo por hijo, que faltó de parciales y de recursos estarías aun proscrito en Portugal, y pesaría sobre tí la mancha de traidor, y no serias uno de los regentes y tutores del rey niño, el verdadero rey de Castilla. El hombre á quien yo hablo no tiene nombre alguno para mí, yo hablo al asesino de mi honor, de mi reposo, de mi felicidad. Hay curación para la herida mortal que me has hecho? Una separación eterna, un silencio de muerte, por que debe pensar este hombre que su muerte estubo en mi mano, nuevos esfuerzos por mi parte, una nueva tentativa podrán tal vez volverme aun á la vida? En una palabra, que ese hombre huya lejos de la corte de Castilla, que se borre para mí del libro de los vivientes, que una relacion culpable y que no ha podido existir sin remordimientos para él, se rompa para siempre, que su recuerdo se borre lentamente en un año, en dos tal vez, yo en tanto volveré como el labrador arruinado por el rayo, á reedificar mi pajiza cabaña en medio de mi devastado campo.

—Y cuando debo de marchar? le dijo afectado y conmovido don Fadrique.

—Esta misma noche, respondió don Sancho, mis gentes te acompañarán, hasta Benavente. Tú por fortuna existes sin familia, yo te escusaré con tus parciales.

—Y esa ausencia...

—Mídelo con la espacion de tu delito, le interrumpió con severidad don Sancho, y el misterio infeliz de tus amores. Cuando el rey don Enrique lave mi honor, cuando Leonor esté sobre el trono de Castilla, podrás volver. El amor de la muger es tan inconstante como la arena movediza del desierto, y la ausencia de unos años podrá borrar el crimen de una noche fatal. A Dios pues.

—Vuestra mano, dijo don Fadrique alargando la suya al conde don Sancho, disponiéndose ya para partir.

—No puedo dártela, respondió el anciano con dignidad, hay sangre en la tuya, hay infamia y deshonor en mi frente, impreso por tu deslealtad; y le volvió la espalda. Al salir por la puerta volvióse aun otra vez á mirarle y le dijo:

—Don Fadrique, guarda memoria de don Sancho el viejo!

Poco despues un criado de confianza del conde vino á tomar las órdenes de don Fadrique, y el ruido de los caballos, cuyas pisadas resonaban ya en el patio de la casa, indicaban cuan presto habia dado don Sancho las disposiciones para la partida.

Llegóse al escudero de don Sancho, el duque de Benavente, habló con él unos instantes y despues sacando una bolsa llena de oro, le dijo:

—Has oído mis intenciones, te he confiado mi plan, ó te hago rico y poderoso para siempre, ó mañana hago clavar tu cabeza en la picota.

Inclinó en señal de sumision la cabeza el escudero

tomó la bolsa que guardó en su jubon, y despues quitándose la ropilla, sobre la que estaba el escudo de la casa de Albuquerque y entregándole el sombrero, calóse el elegante gorro de terciopelo con plumas blancas que llevaba el de Benavente, vistióse su rico gaban, con el que ocultando en parte el rostro, se dirigió hacia el patio de la casa, montó silenciosamente á caballo, en tanto que don Fadrique se dirigió al jardín vestido con la ropilla y sombrero del escudero.

A poco rato salió de la casa el fingido duque de Benavente seguido de tres criados mas; y el conde don Sancho que se habia asomado á una de las ventanas, los vió alejarse, y aun hizo en su corazon fervorosos votos al cielo por su feliz viage, dándole gracias de que tan grave asunto hubiese podido terminarse misteriosamente, proponiéndose empero castigar en secreto y con el rigor con que en aquella época los ricos-hombres castigaban á sus dependientes, la falta de fidelidad de su secretario don Juan de Henestrosa.

Sus dudas se habian disipado, habia visto confirmadas sus sospechas sobre la conducta de su hija Leonor, y se proponia, padre amoroso al par que severo, evitar que un nuevo contratiempo viniese á destruir los planes de su ambición, resolvió pues, ir al aposento de su hija.

Hallóla en su estancia reclinada en un gran sillón, la cabeza cubierta con ambas manos, pálida, embebida en sus profundos pensamientos, en términos de que no oyó los pasos de su anciano padre, que se paró contemplando con amargo dolor el estado de aquella hija en que fundaba tantas y tan lisongeras esperanzas.

Pasáronse algunos instantes así, en esta muda situación, hasta que lanzando un hondo suspiro de su oprimido pecho, abrió los ojos Leonor, vió delante de sí á su padre, para ella en aquel momento un juez terrible é inexorable.

Levantóse respetuosamente para besar la mano de su anciano padre. Imprimió en ella un ardiente beso, pero al tomar su mano reparó don Sancho en el anillo que llevaba en el dedo.

—Muéstrame ese anillo, Leonor, la dijo. Es tal vez un regalo? Déjame que admire de cerca su hermosura.

—Temblando entregó el anillo Leonor, diciendo con balbuciente voz:

—Es una espresion de afecto que me ha dado María, la hija del marqués de Villena, mi amiga de infancia.

—Es extraño, contestó con frialdad don Sancho, examinando atentamente el anillo. No es su cifra, y apretándola convulsivamente entre las manos añadió: cuán frágil es tan hermosa alhaja! Que me dirás ahora Leonor? le he roto al cogerlo.

—Se ha roto mi anillo?

—Que quieres, torpeza ha sido, pero el mal no tiene ya remedio.

—No importa, volvéndeme tal como esté, dijo tímidamente Leonor.

—Qué quieres hacer de él? la dijo don Sancho mirándola fieramente, y al mismo tiempo arrojó el anillo al suelo aplastándole de una fuerte patada.

—Yo lo apreciaba porque era la espresion de la amistad de...

—De María, la interrumpió irónicamente don Sancho, dirásle que yo le he roto, como he roto cuantos vínculos pudieran unirte al que lo puso en tus manos.

La pobre Leonor apenas podia sostenerse, desfallecia por momentos.

—Sí, don Fadrique, continuó cada vez mas irritado don Sancho, ha osado llevar sus ojos hasta tí, la prometida esposa de su rey; pero que este secreto fatal quede ignorado de todos y á este precio solo, solo á este precio, me comprendes? te otorgo mi perdon.

Leonor cayó de rodillas á los pies de su padre.

—Tambien á él le he perdonado sin exigir mas que

TOMO II

su ausencia, una separacion eterna: acaba de marcharse para sus estados de Benavente.

—Se ha marchado Fadrique? gritó fuera de sí Leonor.

—Sí, ha marchado hace una hora. [Yo le he visto partir. Guíele Dios!

Un golpe terrible resonó en la estancia; Leonor arrodillada á los pies de su padre habia caído al suelo al oír estas palabras como herida súbitamente por un rayo.

El corazon del padre habló mas fuerte que el del rico-hombre ambicioso, que el del inflexible juez, en vano don Sancho intentó volver en sí á su desmayada hija: sacó de su bolsillo el pito de plata con que en aquella época se acostumbraba á llamar á los sirvientes; dió muchos fuertes y repetidos sibidos, y de todas partes acudieron las dueñas, los pages, los escuderos, y el capellan que tenia como era entonces costumbre, acumuladas las funciones de médico.

Levantaron á Leonor del suelo, y se esforzaron en vano en hacerla volver á la vida.

—Abrid ese balcon; gritó el capellan, el aire puro de la noche le hará mucho bien.

—Una de las dueñas corrió aceleradamente, abrió las maderas del balcon, y retrocedió espantada dando un terrible alarido, gritando:

—Señor, señor, un hombre está ahí oculto!

—Será el asesino de Nuño, gritaron á la vez varios criados.

Don Sancho iba á dirigirse asombrado como los demás y no sabiendo que pensar de este nuevo suceso, pues él habia visto marchar á don Fadrique, y despues de su salida, las puertas de su casa se habian cuidadosamente cerrado.

—Seguidle, gritó á los escuderos don Juan de Henestrosa, impedidle vea al conde de Benavente.

—Benavente! Benavente! exclamó mesándose los cabellos de dolor el anciano don Sancho.

Tan público es ya mi deshonor, tan conocido de todos los que me rodean, que no tengo mas que pronunciar una palabra, para que me respondan esta otra, Benavente! Benavente! Despues alzando la voz gritó:

Salid, pues, miserable, desleal, mal caballero, pues que don Juan de Henestrosa os llama, y al mismo tiempo volviéndose con dignidad á sus gentes:

Antes os mandé salir á todos; ahora os mando que os quedeis todos. Ved al matador de don Nuño. Por penetrar en el aposento de mi hija lo ha asesinado. Quitad de mi vista á esa muger: en cualquier estado en que se halle la hareis conducir mañana al monasterio de las Huelgas... Despues dirigiéndose violentamente á don Fadrique le cogió la mano con fuerza diciéndole:

—Habeis querido que el deshonor sea público! Lo será, don Fadrique, lo será; pero la reparacion lo será tambien. Infeliz del que la ha hecho indispensable.

Salió agarrado de la mano del conde de Benavente, que apenas podia volver en sí de su sorpresa!!!

A la mañana siguiente al amanecer, una litera seguida de seis criados armados, conducia á la infeliz Leonor al monasterio de las Huelgas de Burgos; poco despues doce religiosos entonando lúgubrementel cántico de los muertos, acompañaban el féretro del fiel escudero Nuño de Guzman á la última morada. Don Fadrique y don Sancho no habian vuelto aun á su casa desde que salieron con ánimo decidido de batirse.

(La conclusion en el número siguiente.)

JOSÉ MUÑOZ MALDONADO.

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.



ALFONSO DE LAMARTINE.

Después de la rápida y célebre revolución del mes de julio de 1830, que en el vecino reino de Francia, derumbó el poder de una dinastía para ensalzar al solio otra que para el pueblo ofrecía mas garantías, en los derechos generales que restableció; cuando aun no habían trascurrido dos años de este suceso que arrancó de las sienes de Carlos X una rica corona con que premió á su actual soberano Luis Felipe I; al cabo de este tiempo, levantó anclas en una placidísima tarde del otoño, un navio que con magestad y á toda vela se apartaba del puerto de Marsella, dirigiendo á Oriente su rumbo. En aquel navio partía, un varon bajo mas de un concepto notable, un despojo aunque voluntario, de los muchos esclarecidos que la revolución lanzaba á su antojo aquí y allá, mas cerca ó mas lejos; á un francés que

desde cubierta dirigía tiernos adioses á su patria, á un hombre de carácter decidido y profundas convicciones; á un diplomático que lo mismo vertiendo su sangre que en hábiles negociaciones, había sostenido con lustre el honor de su pabellon, á un poeta en fin que había soñado con la gloria y que veía cercano el momento de tocarla, de elevarse á la altura que sus merecimientos y su genio le conquistaban; conducía á Lamartine; á un ser que como todos los elegidos de Dios no tienen patria, son cosmopolitas, pues si su nacimiento pertenece á un pueblo, las obras, producciones ó resultados de las empresas de estos elegidos, son propiedad del mundo. El hijo de Dios nació en Belén y sin embargo la grandiosa obra de la redención de los hombres no se extendió solo á aquella comarca, sino al mundo entero; y declinando en gerarquías: Cortés, Pizarro y Colon, hallaron nuevos mundos de que se han aprovechado los antiguos; á la grande Isabel la Católica le cupo la gloria de lanzar del último rincón de Europa, de España, á los restos del poder agareno; á Bonaparte la de haber conducido en las

puntas de sus bayonetas victoriosas, la civilización, aun á los climas mas remotos; á Wellington la de haber humillado en Waterloo el orgullo del Alejandro, del Gerjes del siglo, y á Goëte, Biron, y Lamartine, los tres dioses poéticos de esta edad, como los llaman, y á los cuales puede España añadir alguno ó algunos, cuyos nombres reservamos, por que los elogios contemporáneos no son nunca los mejor interpretados, la de haber descombrado al genio la senda de la verdadera poesia, la de haber despertado en las almas esa inefable dulzura de esperanza que nos arrebatara hasta Dios y nos hace esperar en Dios.

La vida de estos hombres privilegiados como sus obras ó empresas, son repetidos, propiedad de todas las naciones, de todos los pueblos, y por eso nacionales ó extranjeros, sus hechos y sus existencias ocuparán siempre un lugar preferente y distinguido en las columnas del Museo.

Lamartine, este personaje de quien hoy nos ocupamos, aunque ligeramente, cuenta 52 años de vida; pues nació cuando comenzaba á rugir con violencia la sangrienta revolución francesa; al fin por fortuna su corta edad en aquella época, no permitió que su corazón encalliese con las escenas de desolación y luto que cubrían su patria: sino en vez de un poeta lírico, sensible, apasionado y religioso, en vez de deslizarse de su pluma conceptos de dulzura que estarian el alma y embriagan el corazón, hubiera lanzado quizás furibundos anatemas sobre el furor democrático, y hubiera pintado los dolores de la madre que miraba rodar sobre el cadalso la cabeza de su inocente hijo; el agudo tormento de la esposa que lloraba el inhumano sacrificio de su marido; el hacinamiento de ilustres mártires en inmundas é infectas prisiones, y el exceso de las pasiones, el anárquico desenfreno de Danton, Marat y Robespierre, héroes de esterminio.

Lamartine en su juventud fué soldado; su padre tambien lo era, y el brillo de las armas y los sueños de poeta se repartían por el año 1820 toda la atención de su espíritu. Poco tiempo despues, publicó su primer volumen de poesías: su nombre poco conocido hasta entonces no excitaba la curiosidad pública á pesar de la belleza de sus primeros ensayos; pero cuando poco á poco fueron estos conocidos, se grangeó el autor del libro las simpatías de las almas sensibles y afligidas y el afectuoso y sincero entusiasmo de los corazones apasionados y religiosos.

Desgraciadamente el poeta dió treguas á su fantasía, por esta misma época; para ocuparse de los asuntos diplomáticos; fué primero nombrado para la secretaria de la embajada de Nápoles, y á poco encargado de negocios en Toscana: en el gran duque de este título halló un verdadero amigo, y por este tiempo tambien fué cuando en un duelo con el general Pèpè, recibió una profunda herida que puso en eminente peligro sus dias; el mismo desde su lecho impetró del gran duque indulgencia para su rival; el hombre poeta abriga por naturaleza en su pecho instintos generosos; además la sangre que vertía su herida, borraba la mancha que los labios de su rival habian arrojado en el pabellon de su nación.

Pálidos parecerán estos detalles biográficos, pero como buscarlos en un poeta aparte de sus producciones, cuando en ellas es donde vierte la savia de su vida; donde acumula los encantos de su existencia, sus impresiones, sus delicias y sus penas? El rostro del hombre es la imagen del alma, la poesia es su forma, y casi de seguro puede adivinarse en los conceptos de aquella, los afectos, los pensamientos, la índole, y hasta la figura nos atrevemos á decir del poeta. Las producciones de este son el espejo en que se mira, son su verdadero retrato; su biografía está siempre escrita por sí mismo, se ha-

lla á poco que se fija la atención, en una docena de versos de cualquiera de sus composiciones.

Llegó á Behiruto Lamartine, al pie del monte Líbano, despues de contemplar desde su embarcación la Sicilia y el golfo de Palma, Cartago y otros mil pueblos miserables unos, arruinados muchos y todos célebres en la antigüedad. Otros le habian precedido en este viaje, enseñándole el camino; Chateaubriand y lord Biron que halló en la tierra ateniense el término de su existencia.

Seductor era el aspecto de la villa de Behiruto cuando saltó en tierra el poeta con su muger y su hija: besaba aun la mar sus pies, el Líbano se erigia á su vista cual un coloso y eterno monumento, y los bosques de pinos que le circundan, parecían tomar animación y movimiento con el producido por las carabanas que llegaban, por los árabes montados en sus ligeros caballos, por los judíos con su antigua vestimenta y sus incorruptibles usos y creencias, por los grupos de turcos que se mantenían á las puertas de sus casas, conversando, fumando en su pipa ó orando, y por las encantadoras jóvenes que sobre las terrazas se mostraban como la fúlgida corona de la villa, como su mas brillante blason.

Mr. Alfonso Lamartine comenzaba á realizar desde este momento el mas ardiente deseo de su juventud, ya estaba en Oriente; pero como no hay dicha completa, le acibaraba aquel placer la enfermedad que habia contraído durante la navegación y de resultados de la que sucumbió mas tarde su hija única, que formaba toda su delicia.

Pero si bien le era dolorosísimo este contratiempo, si su corazón de padre se lastimaba de tamaña desdicha, su alma de poeta se recreaba en toda su espasion; porque estaba ya contemplando las ruinas del país clásico de la civilización, estaba en el Oriente; en este mismo país á donde dos años antes rehusó venir con una misión diplomática que le confirió Carlos X, y que le confirmó el gobierno de julio, porque estalló la revolución entre tanto, y porque ambas causas políticas tenían derecho á reclamar los servicios de este hombre ilustre. Pero Lamartine es consecuente á sus convicciones y creencias, agradecido al monarca que lo habia distinguido; Lamartine rechazó la apostasia, no quiso pasarse de las filas derrotadas á las banderas del vencedor.

Desde Behiruto á donde llegó, debía el poeta lanzarse al desierto; el camino era penoso y arriesgado, y como padre y como esposo le imponía su deber el de no esponer á las aventuras de un viaje incierto la seguridad de tan caros objetos. En esta villa pues; exclamó al partir: «Adios Mariana! Julia, adios! Acudid con las mugeres árabes al baño; vestíos con ricos turbantes y orientales trages. Parto al punto; pronta está la carabana que me conduce, es preciso que antes que vosotras, alas de mi corazón, adquiera yo la seguridad de si será demasiado abrasador para vuestras cabezas el sol del desierto; además, segun afirman, en Jerusalem ha penetrado la peste; quedad en Behiruto; y durante mi ausencia proteged y amparad al musulman, lo mismo que al árabe; al judío como al cristiano y al humilde peregrino; ofrecedles en tanto que yo vuelvo, con profusión, el café, opio y tabaco.» Tales fueron las recomendaciones y los adioses que dirigió el poeta á sus mugeres, al hollar con su planta el arenoso desierto.

Lamartine se alejó de Behiruto; interesantes y amenos son los detalles de su relación; el fondo de ella encantadora; y cómo espresar, como reproducir nada de lo que contiene su bellísima obra del *Viaje á Oriente*? En ella su autor descubre mas sus inclinaciones de poeta que sus observaciones de viajero. Cada página alterna con la otra espresando en esta los sueños del hombre, los trasportes y arrebatados vuelos de una imaginación fantástica, en aquella las oraciones del peregrino, aqui se considera al historiador que relata con voz elocuente, mas allá al poeta que canta. Llevaba de séquito 18 ca-

ballos que todos perecieron antes de llegar al término de su expedición; sus armas eran relucientes como las de un príncipe, y con este aparato visitó las campiñas de Tiro, ciudad que derrocaron los anatemas de Ezequiel. Así recorrió la tierra de Canaan y la Judea; surgió por las colinas de Zabulon y de Nazareth; dió vuelta al monte Carmelo y contempló con sus ojos el sombrío valle que sirvió de cuna al Redentor; por fin se detiene el poeta á la orilla del río de los profetas y del Evangelio: como aquellos quiso purificarse en las dulces y agradables aguas del Jordán; y últimamente llega el viagero á Jerusalem.

Aquí debemos abandonar al personaje que nos ocupa, porque nada podemos decir al lector de su estancia en Jerusalem; ninguna hoja podemos arrancar del libro de su viaje, escogida como mejor, que no fuera un crimen, que no fuera vulnerar su producción; además de que nada podríamos añadir á lo que en un artículo ha publicado en este Museo, el mismo Lamartine, describiendo sus impresiones en aquellos santos lugares. (1) Nada podríamos decir que no fuese repetir sus mismas palabras. Nada mejor en este punto que referir á su libro á nuestros lectores y recomendarles su descripción escrita por él mismo, é inserta en este periódico.

Sin embargo, una circunstancia hay muy notable en este viaje á Jerusalem y en la estancia que en aquella ciudad hizo el poeta francés; una circunstancia que revela su valor y lo poco en que tiene su vida terrestre. Pocos días antes de llegar á la ciudad se había desarrollado con increíble rapidez la desoladora epidemia del cólera. Cada día sucumbían mas de ochenta personas; el árabe huía de aquellos lugares con toda la ligereza de

que su caballo era susceptible, y el cristiano se alejaba también sin cuidarse de si antes había hincado su rodilla ante el sepulcro de Cristo; no se veían ni peregrinos ni curiosos extranjeros; los médicos emigraban subyugados de terror, y en medio de este cuadro terrífico penetra imasible un europeo, un poeta, un gran poeta, un padre de familia que ha dejado allí bajo á su esposa y á su hija; he aquí un hombre singular que cruza sin temor al través de los riesgos de una epidemia, hasta besar la tumba del Salvador. Y las páginas en que refiere esto en el libro del *Viage á Oriente* son tanto mas solemnes cuanto que están escritas con mas sencillez y naturalidad.

Hasta aquí, solo hemos considerado á Mr. Lamartine como poeta principalmente y mas superficialmente como diplomático y padre de familia. Ahora ya le podemos considerar legislador. Estando en Jerusalem fué elegido para representante de un departamento en la cámara de diputados. Sus nuevos deberes le llamaban á su patria; regresó en efecto, y sus apasionados y amigos temblaban al considerar si el poeta naufragaría ante la discusión de intereses tan materiales y positivos como los que allí se ventilan, pero su temor se disipó bien pronto; subió el poeta á la tribuna y hermanando esta calidad con la de diputado, sus discursos al principio cortos y tímidos, fueron mas despues robustos y floridos; hoy ya son modelos de elocuencia y de poesía que ha conseguido aplicar aun á las cosas mas materiales.

Monsieur Lamartine ocupa hoy como orador, un puesto distinguido al lado de Guizot, Thiers, Odilon-Barrot y Berryer, y si como diputado se ha conquistado este lugar, como poeta ocupa el primero, como diplomático otro muy aventajado, y como padre defamilia, como hombre, quizás el mas glorioso de todos, el de hombre leal y honrado.

Tales son pues, aunque desaliñadamente, respecto de Mr. Lamartine, sus detalles biográficos.

(1) Véase el artículo titulado Jerusalem, inserto en el número 3.º del Museo, correspondiente al mes de Marzo del presente año.



Vista del Instituto de Sordo-Mudos en París.